


3 9153 00559658 2

FEDERACIÓN CÍVICA ESPAÑOLA

EMILIO H. DEL VILLAR

Bases para la Política Exterior de España

Africa y el Estrecho

Con un mapa



BARCELONA
Tipografía «La Académica»: Ronda Universidad, 6 : 1918

BASES
PARA LA POLÍTICA EXTERIOR
DE ESPAÑA

FEDERACIÓN CÍVICA ESPAÑOLA

EMILIO H. DEL VILLAR

Bases para la Política Exterior de España

Africa y el Estrecho

Con un mapa



BARCELONA
Tipografía «La Académica» : Ronda Universidad, 6 : 1918



A LOS CIUDADANOS ESPAÑOLES

La Federación Cívica Española cuyo nombre encabeza este libro, es, en los momentos en que se empieza la impresión del mismo, un grupo de ciudadanos que, movidos por la gravedad del momento histórico, y convencidos de que exige profundas renovaciones en la política patria, han acordado reunir sus esfuerzos para propagar las ideas que, a su juicio, pueden conducir mejor a tal fin.

Nuestros ideales pueden cifrarse en estos doce artículos :

1. El fin de la oligarquía política, y la moralidad y competencia como condiciones indispensables para gobernar. Por encima de la lucha entre derechas e izquierdas, colocará la Federación el sentido nacional y, sobre todo, la Técnica, sin cuya hegemonía el gobierno de los pueblos no es más que charlatanería y bandidaje.

2. La guerra al Consejerismo.

3. La independencia absoluta del Poder Judicial.

4. La nacionalización de las empresas explotadoras del suelo español.

5. La política viaria e hidráulica, comprendiéndose en la primera la rápida construcción (por el Estado) de los ferrocarriles hulleros y estratégicos.

6. La organización de la Instrucción Pública, en todos sus grados y ramos, sobre la base de las libertades constitucionales efectivas, y de la supremacía exclusiva de la Técnica, a cubierto de los caprichos o conveniencias políticas

de ministros incompetentes o poco escrupulosos.

7. La íntegra restauración de las libertades intelectuales y económicas conculcadas por la gestión o la pasividad de los poderes públicos durante la guerra.

8. La rápida conclusión y consiguiente sostenimiento al día del Mapa Topográfico y de un Catastro lo más riguroso posible, como bases indispensables de conocimiento y moralidad para la administración pública.

9. La purificación de la política de neutralidad si continuara la guerra mundial, o se produjeran circunstancias análogas.

10. La evolución de nuestra política exterior en harmonía con estos tres ideales :

— La posesión integral del factor geográfico que España necesita.

— La restauración del sentido nacional, en oposición al satelitismo, que viene caracterizando nuestra historia desde 1700.

— La solidaridad cultural europea,

11. El adecuado mantenimiento de un ejército de tierra y mar que, por el rigor técnico y moral de su organización, infunda plena confianza en su eficacia, y, por la forma de sus relaciones con los poderes soberanos, pueda ser amado igualmente como cosa propia por todos los españoles sin distinción de ideas políticas.

12. La educación cívica del pueblo español, para que deje de ser pasto de caciques y vividores.

Invitamos a cuantos españoles estén conformes con este programa, a sumarse a nosotros (1). La fuerza, en política como en toda obra humana, es la suma de voluntades e inteligencias que con-

(1) Pueden dirigirse las adhesiones : en Madrid, a nombre del autor de este libro, al domicilio central de la «Federación Cívica Española », Puebla, 6 ; en Barcelona, a don Pedro Giménez y Martínez, Clavé, 13. Oportunamente publicaremos las direcciones de los centros de acción que estamos organizando, con carácter autonómico, en diferentes regiones.

curren a un fin ; y sólo consagrando los hombres honrados y competentes una parte de sus energías al bien de la república, se puede evitar que ésta sea presa de granujas e ignorantes. No pretendemos fundar un cacicato más, como tantos que, con los rótulos de monárquicos o republicanos, sólo son empresas explotadoras de la ignorancia de los más en favor de los intereses de los menos. El personalismo es para nosotros incompatible con el verdadero concepto de « ciudadanía ».

Nuestra organización irá sólo encaminada a hacer lo más fructífera posible nuestra labor. Seamos los que fuéremos, trabajaremos convencidos de que ningún esfuerzo es inútil, y que quien fracasa no es el que está en su puesto cumpliendo un deber, sino quien pensando de un modo tiene la vileza de obrar de otro, o la sanchopancesca cobardía de no poner sus actos al servicio de sus ideas.

Uno de los medios de propaganda de la Federación Cívica Española es el libro y el folleto. El actual volumen se refiere a uno de los temas en que la opinión se halla más desorientada, porque desde el primer momento ha habido gran interés de desorientarla : tema relativo a la dirección de nuestra política exterior y a nuestras necesidades geográficas, pero en íntima conexión a la vez con nuestros más fundamentales problemas interiores, como es verbigracia el de la industria algodonera.

Los tres trabajos aquí reunidos bajo un epígrafe común, se completan entre sí. El primero, con el título de « El tratado hispanofrancés de 1912 », se publicó por primera vez en el número de enero de 1913, de la revista mensual « Por Esos Mundos », y ha sido reproducido por « El Tiempo » de Barcelona, en junio del corriente año. Las ligerísimas variantes y adiciones que en esta nueva edición ha puesto el autor, no tienen más objeto que enlazar mejor

el texto de 1912 con trabajos suyos posteriores sobre los mismos temas geográficos de que en cada caso se trata, o aducir algún dato posterior que justifica las anteriores afirmaciones. El segundo trabajo, con el título de « El problema de Marruecos en el cuarto año de guerra mundial », apareció parcialmente en «El Tiempo» de Barcelona, número 565 ; pero ahora se da a la estampa con importantes adiciones.

El tercero « Ante la próxima paz », absolutamente inédito, tiene por objeto traer la cuestión al día. Como la perspectiva política del mundo ha variado del primero al último trabajo, cada uno lleva su fecha en justificación del punto de vista desde el cual se escribió.

Como complemento documentativo hacemos preceder los tres trabajos del artículo con que « La Correspondencia Militar » comentó el primero de ellos en 1913, y de los párrafos que, a guisa de prólogo, escribió últimamente « El Tiempo » al reproducirlo.

Quede entendido de una vez para siempre que las publicaciones que se hagan bajo el nombre de la « Federación Cívica Española » de obras individuales, dejan al autor la libre responsabilidad de sus ideas. Que la « Federación » las publique, sólo significa que juzga conveniente su difusión.

DE LA PRENSA MILITAR

« La France Militaire » ha extractado con gran extensión un artículo recientemente publicado por nosotros acerca de los puntos que España debe resolver en Marruecos cuando las negociaciones francoespañolas estén definitivamente terminadas.

Dicho estimado colega de París especifica fielmente las soluciones propuestas por nosotros ; pero, al referirse a los recursos que de Africa podrá reportar España dentro de cincuenta años, manifiesta : « Estas lejanas esperanzas son las que mantienen a la opinión española en el cerradísimo juego que actualmente desarrollan sus diplomáticos contra nosotros ».

Si « La France Militaire » se expresa de buena fe en estos términos, como debemos creer, indudablemente padece de la ofuscación que a grandísimo número de sus compatriotas han producido las persistentes y falaces campañas de los colonistas transpirenaicos, por virtud de las cuales, además de haberse creado a nuestro país una situación de injusta y excesiva inferioridad, cuantitativa al menos, en lo tocante al protectorado de Marruecos, se ha fomentado entre los franceses, contra los españoles, un movimiento de irritación y de hostilidad que, naturalmente, ha despertado aquí sentimientos análogos y más fundados.

. . . .

Si al público francés se le dijese la verdad en lo que afecta a la cuestión, pronto saldría de la equivocación en que se halla.

. . . .

Para demostrar que ningún derecho francés ha sido lesionado por España

sino todo lo contrario, bastaríanos con reproducir los razonamientos por nosotros mismos estampados en estas columnas y que no admiten discusión, porque se basaban en documentos de autenticidad irrefragable ; mas preferimos valernos de alegato ajeno, porque está magistralmente formulado, y confiamos en que ésta será la última vez en que nos sea preciso debatir un asunto que ya está suficientemente debatido.

Un cultísimo y ecuánime escritor español, de quien precisamente ayer hablábamos con sincero elogio, don Emilio H. del Villar, publicó el mes pasado en la excelente revista « Por Esos Mundos », que dirige (1), un substancioso y notabilísimo estudio acerca del Tratado hispanofrancés de 1912. El autor del mencionado trabajo, en el que evidencia una extensa y sólida preparación en política internacional, Geografía, cuestiones militares y otros diversos aspec-

(1) Esta dirección cesó en el mismo año 1913 y la revista citada cambió de propietarios y carácter.

tos del problema por él abordado, hace de éste una clara exposición, establece el rápido descenso que los intereses de España han ido sufriendo desde el tratado de 1902 al de 1904 y desde el de 1904 al de 1912, y concluye afirmando, no sin hacer justicia al patriotismo, a la habilidad y a la entereza del anterior ministro de Estado, señor García Prieto, que la solución recaída es ruinosa para España en Marruecos.

Sienta además el señor H. del Villar otras proposiciones tan desconsoladoras, en lo concerniente al futuro de las relaciones francoespañolas, que quisiéramos — y él también sin duda — que se quedaran en la categoría de meros sobresaltos de un espíritu patrióticamente previsor...

Artículo de fondo de «La Correspondencia Militar», de Madrid : 5 de febrero de 1913.

PRÓLOGO DE « EL TIEMPO »

Una serie de motivos hacen del problema de Marruecos un problema de palpitante actualidad para España. La guerra actual ha demostrado cuán imposible, absurda y peligrosa era la pretensión de vivir o, mejor dicho, vegetar en la propia casa, que había anidado en algunos espíritus a raíz del desastre de 1898 ; que toda política que descuide los deberes, molestos pero ineludibles, de proveer por la propia seguridad y por la posibilidad de una expansión en lo futuro, es una política suicida. Tal vez se encuentre el sentido de la lucha en la hipertrofia de la conciencia de estos deberes en los hombres de Estado de los países beligerantes, del mismo modo

que su atrofiamiento pudiera explicar algunas desdichas de España.

La no lejana conferencia de la Paz será un regateo de garantías de seguridad y expansión entre los representantes de los diversos pueblos civilizados. En esa conferencia se ventilará también el problema de Marruecos, que es una parte del problema de la seguridad y la posibilidad de vida para España. A pesar de las múltiples preocupaciones que les ocasiona el curso poco halagüeño de los hechos militares, los gobernantes aliados y especialmente los franceses, apoyados por la acción eficaz de su Prensa, procuran ya desde hace tiempo asegurarse posiciones para cuando se discuta este problema. No ya la Prensa propiamente colonial como « La Dépêche Marocaine », sino los órganos oficiosos de la Entente, como «Le Temps» y « The Times », le dedican artículos que son otros tantos atentados a los intereses y al buen nombre de España. Tan injuriosas y malintencionadas son

esas campañas, que motivaron en el pasado invierno la protesta formal del entonces ministro de Estado, señor marqués de Lema, conocido por sus exagerados entusiasmos por los países de la Entente.

Estas razones nos mueven a reproducir, con permiso de su autor, el artículo del eminente geógrafo don Emilio H. del Villar, sobre el tratado de 1912, base de la situación actual, aparecido en 1913, en el número 216 de la revista « Por Esos Mundos ». El señor Villar dice al final de su sólido trabajo que no quisiera ser profeta. Por hoy lo está siendo; quiera la suerte de España que los temores del ilustre geógrafo no se conviertan en plena realidad.

Barcelona 18 de junio de 1918.

EL TRATADO HISPANO-FRANCÉS DE 1912

I

LA SOLUCIÓN Y EL PROBLEMA

La simple contemplación del croquis que acompaña a este trabajo demuestra que, en el breve decenio de 1902 a 1912, España no ha hecho más que perder terreno e importancia en Marruecos, y que, por lo tanto, el tratado que se acaba de concertar con Francia podrá representar una labor personal meritoria del ministro de Estado que, puesto en las circunstancias de la negociación, no ha podido conseguir más ; pero no expresa, en manera alguna, un triunfo de España, sino un nuevo desastre. Y si al examen del croquis se añade la consideración de cuáles eran los intereses positivos que llamaban a España a desempeñar en Marrueeos un papel preponderante,

entonces se advierte que el desastre es tan grande, que no por menos incruento debe dejar de ponerse al lado del de 1898. Este nos arrojó de América : el de 1912 nos corta nuestro porvenir en Africa.

*

Cuáles eran nuestros intereses positivos en el Noroeste de Africa, lo he expuesto ya fragmentariamente en diversas ocasiones, especialmente en artículos publicados bastantes años atrás en « Nuevo Mundo ». Los argumentos que en ellos senté no han sido hasta ahora destruídos por nadie. Los antiafricanistas han hablado mucho : pero, o no se han enterado de mis razones, o, lo que es más probable (pues el « Nuevo Mundo » era entonces, y sigue siendo, el periódico de más tirada de España (1), no han encontrado nada que contestar a ellas y han tenido la comodidad de despreciarlas. De la Prensa diaria, sólo un periódico, « La Mañana », las tomó

(1) Escrito en enero de 1913.

en cuenta ; y fundándose en ellas, emprendió, a principios de 1911, una memorable campaña africanista que estuvo suscitando, mientras duró, interesantes comentarios cotidianos en toda la Prensa francesa y alemana ; y expuso al Gobierno español cuál era el único camino de salvación. Pero predicó en desierto (1).

He aquí, en resumen, qué era lo que, a mi ver, interesaba principalmente a España en Marruecos, y que los políticos no han comprendido.

El problema tenía para nosotros cuatro aspectos : el militar ; el de la producción ; el de la población ; y el moral.

(1) Como en esta campaña, «La Mañana» y el que esto subscribe se hallaban íntimamente unidos en pensamiento y en acción, no extrañe el lector que no sea pródigo en elogios.

II

EL TRATADO DE 1912 NO RESUELVE EL PROBLEMA MILITAR

El aspecto militar es el único visto por todos los políticos, pero mal entendido. Entre que Francia tuviera una base de operaciones contra nosotros en Melilla o en Vélez de la Gomera, o que la tenga un poco más al Este, en Nemours o en Orán, la diferencia es bien insignificante en cuanto a sus resultados posibles. En cambio, entre que de España a la costa fronteriza de Canarias no haya sino territorios españoles, o se interpongan potencias poderosas, la diferencia es colosal, no puede ser mayor. El interés militar de España estaba pues en la

continuidad del territorio, desde el Estrecho de Gibraltar a Río de Oro. Si además podíamos extendernos al Este de Tetuán, tanto mejor ; pero teniendo que repartir con Francia, poco importaba cederle el Riff, a cambio de la faja atlántica continua. Este era el principal interés militar de España.

Los políticos lo han comprendido tan mal, que en todos los tratados negociados, la base ha sido la división en el sentido de los paralelos : una zona española al Norte, otra al Sur, y en medio ancho campo para que se estableciera Francia, interponiéndose entre las dos fracciones de nuestro territorio nacional, entre la Península y Canarias.

Se me objetará, y con perfecta razón, que Francia no habría consentido nunca en reconocernos toda la costa occidental, porque precisamente lo que Francia deseaba, ante todo, era establecer la comunicación de Argelia con el Atlántico.

Pero lo que de ahí se deduce es que, estribando el interés primordial de

Francia en salir al Atlántico, y estando el más esencial de España en evitar interposiciones extrañas entre las Canarias y el Estrecho, los intereses de Francia y España no eran compatibles ni mucho menos harmónicos, como tan sin sentido común han venido repitiendo nuestros desgraciados estadistas, sino absolutamente antitéticos. De modo que España no debiera haber buscado la amistad de Francia, sino la de los más poderosos enemigos de Francia. La aliada natural de España era Alemania, porque ésta ha declarado y demostrado no tener en Marrueeos sino intereses económicos; de modo que su acción hubiera podido dar campo libre al desarrollo de nuestros intereses «territoriales», y lo habría hecho, de seguro, con más gusto que al dárselo a los de Francia.

Con el tratado de 1912, nuestros intereses militares han naufragado. El enemigo se nos ha metido en casa y hemos quedado a su merced. Dueña

España de la costa marroquí desde el Estrecho al Sáhara, y dominando además el Estrecho entre Tarifa y Algeciras por un lado y Ceuta por otro, la comunicación entre la Península y la costa fronteriza de Canarias quedaba asegurada. Desde Ceuta o Arzila podría hacerse por tierra. Por mar, desde Cádiz a Canarias, la costa ofrecería a cualquier barco una serie de puertos de refugio o de depósitos de carbón, víveres y municiones. Hoy, una escuadra que vaya de Cádiz a Canarias, tiene que pasar delante de una serie de bases de operaciones de los franceses. En tiempo de guerra, la Península y Canarias se encontrarán prácticamente incomunicadas. Todo lo cual significa que la simple defensa del territorio nacional exigirá ahora más barcos y más fortificaciones, y por lo tanto mucho más dinero que antes.

Así es como los cerebros de nuestros políticos han creído resolver el problema militar.

III

NUESTRO PORVENIR ECONÒMICO QUEDA COMPROMETIDO

Vamos con el de la producción. España es un país que adolece de graves desventajas naturales para luchar en la vida económica moderna. En primer lugar, y según nuestros conocimientos actuales, escasea en carbón (1), y siendo

(1) La posibilidad de aumentar notablemente la explotación de nuestros yacimientos conocidos o de encontrar otros nuevos a grandes profundidades, verbigracia bajo el mioceno de la meseta, no sólo no la niego, sino que la he proclamado insistentemente. Los hechos nos dicen además que de 1906 a 1917 se ha duplicado la extracción. Pero se trata aquí de valores «comparativos», y en este sentido no admiten réplica estas cifras del Congreso Geológico Internacional de Toronto (1912), que expresan, en millones de toneladas, las reservas actuales o probables de carbón, de diferentes países.

Estados Unidos. ..	3.838,657	Austria	53,876
Canadá.	1.234,269	Francia	17,583
Alemania.	423,356	Bélgica	11,000
Islas Británicas. ..	189,533	España.	8,768
Rusia.	60,106	Etc...	

sus manatiales de energía mecánica mucho menos poderosos que los de otros países, su industria está condenada a una inferioridad, que sólo puede cesar, o cuando se agoten los depósitos hulleros y petrolíferos de esos hoy grandes países industriales, o cuando la física aplicada enseñe a derivar energía de otro origen. Ya hoy los progresos de la maquinaria hidráulica, y sobre todo, los de la electricidad, que permiten transformar y transportar a largas distancias la energía de los saltos de agua, han aportado un nuevo factor a la industria, y a él se debe, en gran parte, ese modernísimo progreso industrial de España (no muy grande, sin embargo), que, en algunos discursos de políticos ayunos de ciencia positiva, he oído atribuir nada menos que ¡a la pérdida de las colonias! Pero no hay que exagerar tampoco nuestra riqueza en hulla blanca. De los dos fac-

De modo que si España llegase a extraer su carbón en las proporciones anuales de Alemania, antes de treinta años quedarían limpios todos nuestros yacimientos calculados. — N. Ad. del Autor.

tores de la fuerza hidráulica, España posee en abundancia el desnivel; pero no el caudal, dados sobre todo los menguados estiajes. La explotación total de la fuerza hidráulica que se calcula a España, no equivaldría seguramente, como manantial de energía mecánica, a la décima parte del carbón que extraen anualmente de su suelo Alemania o Inglaterra (1).

Por otra parte, la mayoría de España

(1) Arthur Surveyer, en Comunicación a la Sociedad de Ingenieros Civiles del Canadá, calculó en 1911 de este modo la potencia hidráulica, en millares de caballos, de diferentes países:

Estados Unidos	26,736	Francia.	5,857
Canadá	17,764	Italia.	5,500
Noruega.	7,500	España..............	5,000
Suecia.	6,750	Alemania.	1,425
Austria-Hungría......	6,420	Inglaterra.	963

S. Urrutia, en su trabajo sobre «La energía hidroeléctrica de España y sus aplicaciones» (1917), ha computado la disponible en unos 3.000,000 KW, suponiendo que se hicieran las obras de regularización necesarias en ríos grandes y chicos; lo que, a tres mil y pico horas por año, daría una producción de fuerza anual de 10,000.000,000 W KH; y añade que, para obtener esta energía con elementos térmicos, se necesitaría un consumo mínimo de «veinte millones de toneladas de carbón». Pero ¿qué son veinte millones ante los centenares de millones que extraen anualmente Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos? — N. Ad. del Autor.

es un país escaso de lluvias, de lo cual provienen dos males : primero, plantas que en ciertos países se cultivan en secano, aquí sólo son explotables en regadío, lo que importa necesidad de mayor esfuerzo para igual producción o inferioridad de producción a igualdad de esfuerzo ; segundo, especies que aquí se cultivan en secano, dan menos producto que en esos otros países. Entre estas últimas especies están nada menos que los cereales. Es verdad que el abono puede suplir en parte la humedad ; pero todo el mundo sabe que, cuanta más humedad (hasta cierto límite, naturalmente), mejor se aplica el abono, y que en nuestros secanos la aplicación es difícil y con frecuencia ha dado pésimos resultados. De modo que el mismo empleo de los abonos es un agravante de la inferioridad de nuestro clima seco (1). La sequía del clima se contra-

(1) La sequía es también adversa a las formaciones pratenses, y por lo tanto a la ganadería intensiva, y por consiguiente acarrea escasez de estiércol, lo que dificulta más, a su vez, la extensión del abonado químico.

rresta también parcialmente actuando en el factor edáfico con labores profundas ; pero esto mismo representa igualmente mayor esfuerzo para menor resultado. Esta escasez de lluvias es pues la causa fundamental de que nuestra producción de cereales sea mucho menos densa de lo que es en Inglaterra, en el Norte de Francia, en Bélgica, en los Países Bajos, en todos los países más favorecidos por el clima. Análogas reflexiones que para la producción de cereales podríamos hacer respecto de la ganadería. Países húmedos pueden aspirar a las grandes extensiones de prados naturales o artificiales que caracterizan, verbigracia, el suelo inglés. En España, por razones de geografía botánica, que sería largo exponer aquí, la formación de prado sin riego artificial se halla limitadísima.

Contra esta inferioridad natural en fuentes de energía mecánica, en producción de cereales y en extensión de prados, España posee ciertas ventajas

que aminoran el mal, aunque sin contrarrestarlo del todo : sus condiciones favorables para ciertos productos propios de la región del Mediterráneo (aunque algunos no sean exclusivos de ella y aun procedan de países muy lejanos) : la vid, el olivo, el algarrobo, el corcho, la naranja, etc., hasta, en determinadas regiones, el algodón y el datilero. Por naturaleza, España es, en su mayoría, un país de vegetación leñosa. Un país de « clima de monte » (Geholzklima), según la frase clásica de Schimper. Como el factor climático es invariable, la producción herbácea intensiva sólo puede obtenerse en la España « mediterránea » (que es la mayor parte de la península) transformando el factor edáfico mediante el riego. Desde el punto de vista fitogénico resulta pues : un país de huertas, de monte y pastos secos, y de cultivos leñosos (ya de secano ya de regadío) (1).

(1) La tala de montes, que despiadadamente continúa, ha agravado el destino de nuestro suelo, convirtiendo una gran

España es también, en grado eminente, un país minero; pero le ha impedido ser en igual grado metalurgista, como causa geográfica, la escasez de carbón.

Estas substancias y frutos especiales y característicos de nuestro medio geográfico, constituyen toda nuestra fuerza. Cuantos menos países se hallen en condiciones de producirlos, menos competidores tendremos en el mercado universal. Y cuanto más extendamos nuestro dominio por los países que se encuentran en condiciones tales, más aumentaremos nuestra fuerza acercándonos a la exclusiva. En cambio, si las naciones grandes productoras de carbón y cereales adquieren territorios que les permitan serlo igualmente de productos mediterráneos como los nuestros, nuestra inferioridad se acentuará terriblemente.

parte de él en verdadero «país de desiertos y oasis», como puede verse en el centro de Aragón, en ambas Castillas y en la misma Andalucía. — N. Ad. del Autor.

Ahora bien : Marruecos es un país dispuesto naturalmente para las mismas producciones que España, y para algunas de ellas mejor dispuesto aún. Por eso el día en que Marruecos francés, duplique o triplique la competencia que nos hace Argelia, la exportación de nuestros vinos, de nuestros aceites, de nuestra naranja, de nuestra almendra y de nuestro corcho, encontrando una mayor oferta, disminuirá en cantidad o en precio ; y el día que disminuya la exportación de estos productos españoles, la horrible crisis agrícola, con todos los males y desbordamientos que traiga aparejados, hará comprender en España cuán equivocadamente se ha estado predicando al pueblo que los asuntos de Marruecos no debían interesarnos, y que de lo que debíamos ocuparnos exclusivamente era de cuidar nuestra casa en vez de mirar la ajena. Precisamente para demostrar por qué Marruecos debía interesarnos tanto desde el punto de vista económico, hemos tenido que

fundarnos en las condiciones naturales y económicas de la península. Y con tan sólido fundamento es como hemos llegado a la conclusión de que el dominio de España en Marruecos no era una acción perjudicial a nuestra labor y producción interior, sino un medio necesario, indispensable, para asegurar su porvenir.

IV

TAMPOCO SE RESUELVE EL PROBLEMA ÉTNICO

Vamos al aspecto étnico.

España es un país de emigración. Aquí, como en lo que precede, necesitamos colocarnos también en un punto de vista geográfico. La Geografía no consiste sólo en recordar los nombres de unos cuantos montes, unos cuantos ríos y unas cuantas ciudades, y aun la posición respectiva de estos varios elementos. Esto es lo que se enseña en las cátedras oficiales. Pero esto en la Geografía, es lo mismo que el silabario en Literatura. Decir que saben Geografía la mayoría de nuestros catedráticos de esta asignatura, es tan absurdo como calificar de literato a todo el que sabe

deletrear. La Geografía es algo más elevado : es una ciencia. Su objeto directo es el estudio de la localización de los fenómenos, así físiconaturales como humanos o sociales. Pero, como el mundo físico es el medio en que se desarrolla el mundo humano, y la mutua influencia de uno y otro elemento es determinante de la localización, en el campo de la Geografía es donde viene a sentar sus reales el gran problema de la influencia del « medio terrestre » en el hombre individual y colectivo. De aquí que la ciencia geográfica exija, como condición para su cultivo, el previo conocimiento de las ciencias físiconaturales ; sin ellas no puede haber «ciencia» del mundo y del hombre, sino un puro «dilettantismo». Por eso, mientras las cátedras de Geografía sigan monopolizadas por individuos limpios de cultura naturalista, la enseñanza de la Geografía será en España un formulismo vacío (1).

(1) Desde que escribí estas líneas algo ha progresado en España el cultivo oficial de la Geografía ; pero aun está lejos

Con esto queda destruído el argumento tan traído y llevado por políticos ignorantes, de que los países de emigración y escasamente poblados, no deben meterse en « aventuras » exteriores.

El estudio de la ciencia geográfica lleva, en efecto, al convencimiento de que no todos los países del globo tienen la misma habitabilidad o, hablando en términos más científicos, el mismo « valor ecético » (1). Las condiciones naturales de productividad, en relación con el estado intelectual y social de la población, constituyen un factor de primer

de librarse de vergonzosas rutinas en virtud de las cuales esa falta de la base científico-naturalista sigue siendo el caso más general. — N. Ad. del Autor.

(1) «Ce néologisme que je me permetts d'introduir dans la Géographie Sociale, est pris du mot grec οἰπετὸς, qui signifie «habité ou habitable», c'est à dire qui exprime d'une façon aussi claire que précise le rapport d'habitabilité.

Toutes les circonstances égales, le grand problème géographico-économique devient tout simplement le problème de maintenir le plus grand nombre d'habitants dans la moindre étendue de territoire. Ce rapport entre le facteur géographique et le facteur humaine c'est ce que j'apelle «valeur écétique» ; qui, celà se comprend, peut être potentielle ou effective.» (Conferencia del autor en el VIII Curso Internacional de Expansión Comercial, Barcelona, 1914.) — N. Ad.

orden en los fenómenos económicos. Si buscamos como óptimo ejemplo un país sumamente extenso, y al mismo tiempo que cuente con buenas estadísticas que permitan establecer comparaciones, lo hallaremos en los Estados Unidos. De una extensión no mucho menor que Europa, sometidos, salvo pequeñísimas diferencias de detalle, al mismo régimen político, social y económico, con una población que puede trasladarse libremente de una parte a otra del territorio, y que en este sentido evoluciona sin cesar, este vasto país ofrece, sin embargo, enormes diferencias en cuanto a la densidad de población. Mientras desde Massachusetts a Maryland (por el Sur) y a Illinois (por el Oeste), nos ofrece densidades superiores a 25, a 50 y aun a 100 habitantes por kilómetro cuadrado, en la región de las Rocosas sólo hay un Estado en que la densidad kilométrica pase de un habitante ; lo cual no puede atribuirse a que el país se haya poblado de

Este a Oeste, puesto que más al Oeste aún, en las costas del Pacífico, vuelve a encontrarse mayor densidad. Un estudio atento de la Geografía física del país nos hace ver la causa de esto. Es que los Estados donde encontramos población más densa, abundan más en elementos o facilidades para el trabajo humano : régimen de lluvias, minas de carbón, disposición natural para las comunicaciones, etc. La zona de las Rocosas es la que se encuentra en peores condiciones en esto, y por ello su población es menos densa ; y como las condiciones vuelven a mejorar hacia el Pacífico, por eso vuelve a aumentar allí la densidad de población (1).

España, por lo que atrás queda esbozado, se encuentra, respecto de una gran parte de Europa, en la misma relación

(1) Para el desarrollo de esta doctrina véanse mis obras : « América Sajona » (Manuales Gallach) y « El factor geográfico y el gran problema de España » (Revista « Estvdio », números 16 a 19). De ésta preparo una nueva edición ampliada, poniendo el problema al día a través de las enseñanzas de la guerra. N. Ad. del Autor.

geográficoeconómica que uno de esos Estados norteamericanos del gran Oeste con relación a Illinois, a Ohio, a Nueva York o a Pennsylvania. Por eso no puede tener, en el estado presente de nuestra cultura científicoindustrial, la misma densidad de población que Francia, Alemania, Inglaterra, los Países Bajos, etc. El crecimiento vegetativo de la población es pues en España superior a la habitabilidad del territorio. Cuando este fenómeno se verifica en un país provoca a su vez uno de estos otros dos. Si la población es degenerada moralmente, restringe por medios artificiales la fecundidad ; esto es lo que sucede en Francia, donde la población no sólo permanece estacionaria, sino que algunos años hasta disminuye. Si los habitantes no se encuentran en este caso de degeneración moral, emigran. Por esto España es un país de emigración.

Pero la emigración representa una enorme cantidad de esfuerzo, de actividad, que deja de ser solidaria de los

españoles, para incorporarse a la actividad de otros países que no tienen solidaridad económica ni menos política con el nuestro. Luego nuestra conveniencia, nuestra necesidad mejor dicho, es adquirir territorios más extensos y necesitados de colonización, para que una gran parte de nuestros emigrantes pudiera ir a ellos, con lo cual acrecentarían la fuerza económica de la solidaridad española en lugar de restarle actividades. Véase cómo el hecho de la emigración, en que don Rafael Gasset se ha fundado tantas veces para perorar contra la expansión de España en Africa, cuando se estudia a la luz de la Geografía, lleva a probar precisamente todo lo contrario.

El problema étnico que, en gracia de la brevedad, no hago más que esbozar, tiene además una segunda parte. Siendo España dueña de Marruecos, no sólo facilitaríamos a nuestros emigrantes zonas de colonización, para que sus esfuerzos no salieran de nuestra solidari-

dad, sino que emprenderíamos la tarea de incorporar a ésta la población marroquí. Los franceses han nacionalizado en Argelia la población judía (oficialmente por lo menos), pero no pueden ni soñar con incorporar a la población nacional la musulmana. Los españoles podríamos sumar a nuestra solidaridad las dos. Y de esto no cabe la menor duda, por la sencilla razón de que ya lo hemos hecho en otro tiempo, dentro de nuestra península.

A pesar de que la conducta de nuestros Gobiernos ha sido diametralmente opuesta a lo que habrían aconsejado estas consideraciones, el número de españoles en Marruecos no hace más que aumentar.

Pero el tratado de 1912, al restringir tan miserablemente nuestras zonas de influencia, ha reducido hasta el último límite ese campo de emigración que España necesitaba. La corriente transmigratoria continuará aumentando entre la península y el Moghreb, pero irá

a alimentar principalmente la zona francesa, por la razón de que ésta ofrece mayor campo. Y en esa zona francesa se repetirá el ejemplo de Argelia, o sea el trabajo de los españoles explotado por los capitalistas franceses.

Este es el resultado a que naturalmente conduce la insensata política que los socialistas españoles han seguido en la cuestión de Marruecos. Es verdaderamente inverosímil ; pero ahí está, no sólo la conducta general del partido oponiéndose a la acción española y favoreciendo por consiguiente la expansión francesa ; ahí están frases pronunciadas por sus corifeos defendiendo como más lógico que Francia ocupase Marruecos, porque tenía más elementos que nosotros.

Esos elementos de Francia, señores obreros mal guiados, son el capital ; porque Francia no es un país de emigración. Mientras que los elementos que puede poner y pondrá principalmente España en la valorización de

Marruecos, serán el trabajo del obrero. Habéis estado defendiendo, por consiguiente, la preponderancia del capital sobre el trabajo ; y para esta campaña hasta habéis llegado algunos a exponer vuestras vidas.

Quedamos, pues, en que el tratado de 1912 no resuelve las necesidades de España desde el punto de vista étnico ; sino que, por el contrario, corta la posibilidad de satisfacerlas.

V

NAUFRAGIO DE LOS INTERESES MORALES DE ESPAÑA

Y dos palabras, nada más, sobre el problema moral.

Desde diez años atrás la expulsión de nuestro idioma en Marruecos va siguiendo una marcha tan rápida como la de nuestra moneda. En este punto la antítesis, la incompatibilidad del interés de Francia y del de España, no puede ser más absoluta ni más evidente. Salta a la vista de todo el que no sea ministro o jefe de partido.

Francia hará en Marruecos lo mismo que en Argelia y en Túnez : propagar su idioma y hacer la guerra al nuestro. Precisamente la literatura francesa tiene una gran fuerza de atracción para todas

las mentalidades inferiores, como lo prueban sus éxitos en Oriente y en América. Pero además tiene la fuerza que le da su dominio político, y que emplea sin el menor miramiento a su lema teórico de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Véase el ejemplo de Argelia.

El tratado hispanofrancés debiera haber contenido alguna cláusula por la cual se garantizase a España el derecho de sostener escuelas y velar por su lengua en todo el Imperio moghrebita. Pero en vez de esto, lo que figura es una cláusula por la que se expulsa de casi todo él a los franciscanos españoles, y no por franciscanos, sino por españoles, ya que se los substituye con franciscanos franceses.

Si de esto pasamos a otro orden de consideraciones, la humillación de España resulta aún más irritante. Protegidos españoles han sufrido encarcelamientos y toda clase de vejaciones por parte de los franceses ; hay quien gime todavía en sus cárceles por el solo delito de haber defendido los intereses de Es-

paña (1). Y esto mientras España negociaba con Francia, y mientras nuestros políticos ponderaban la cordialidad de relaciones entre ambos países. No puede concebirse mayor abyección. Y lo más triste es que, después que nuestros Gobiernos, no sólo han tolerado que Francia pisoteara en Marruecos nuestro crédito moral, sino que han sido sus colaboradores en esta nuestra enorme pérdida de valores morales, no hay nadie que clame ni que se exaspere. Lo triste es que los partidos de oposición, que tendrían en todo esto el más sólido punto de apoyo para levantar el espíritu nacional, si por algo claman es porque los Gobiernos no se ocupen tanto de lo que pasa allende el estrecho.

Así, el tratado de 1912, en cuanto a intereses morales de España en Marruecos, está a la altura de los ideales de esos partidos.

(1) Sobre ésto dejo la palabra a mi querido amigo Isaac Muñoz, que está bien impuesto del asunto y ha hablado de él, y volverá a hablar. — Texto y nota escritos en 1913.

VI

EL TRATADO DE 1912

En realidad todos los Gobiernos que se han venido sucediendo desde diez años atrás, no han hecho más que acercarse a esos ideales de abyecta inacción.

Hacia los comienzos de siglo, nuestro embajador en París, León y Castillo, fué el primero en ver que el problema de Marruecos se precipitaba, o, mejor dicho, que Francia tenía interés en precipitarlo para completar su imperio africano. La primera prueba de cordialidad hacia España que dió Francia, fué determinar esa precipitación cuando España acababa de padecer los desastres de 1898, es decir, cuando estaba en peores condiciones para hacer valer derechos o defender intereses.

Nuestros políticos, siempre miopes, no comprendieron a tiempo que perdidas las Antillas y Filipinas, España tenía todavía otro porvenir en Africa, cuyo reparto estaban terminando activamente las grandes potencias, y que, en la vida pública, no es lícito detenerse, sino que hay que andar o perecer. No pudieron comprender que, pues la política de aislamiento había sido la ruina de España, había que substituirla por la de alianzas. Y no comprendieron entonces, ni han comprendido todavía, que la alianza debe hacerse entre intereses harmónicos, y que los de España y Francia eran (como acabo de demostrar) antitéticos. Les sorprendieron (como siempre) los acontecimientos, como les habían sorprendido las insurrecciones de Cuba y de Filipinas ; y, puestos ya en el trance de ir a rastra de la voluntad de Francia, el señor León y Castillo, autorizado por el entonces presidente Sagasta y el duque de Almodóvar del Río, hizo lo mejor que se podía partiendo

de tan mal punto de partida. Y obtuvo el tratado de 1902, que don Francisco Silvela aplaudió desde la oposición. Por este tratado, España y Francia aparecían en el pleito en perfecta igualdad de condiciones. La división eventual de Marruecos nos daba las dos grandes zonas que pueden verse en el croquis. Al Norte la rodeada por el Mediterráneo, el Estrecho y el Atlántico, el Sebú con sus afluentes el Mikkés y el Mehoduma, y luego el Innauen y el Muluya. En estos límites entraban Taza y Fez. En el Sur, aparte de la prolongación de nuestro Sáhara, desde el grado 26 Norte hasta el Uadi-Draa, el inmenso territorio comprendido entre el Draa y el Gran Atlas, con todo el Sús y el importante puerto de Agadir. No se realizaba todo el ideal de España, tal como atrás queda expuesto, pero sí más de la mitad de él. La zona fronteriza de Canarias era muy extensa. Al Norte y al Sur quedaba un regular campo a la emigración. Desde el punto de vista moral, quedábamos a la

misma altura que Francia por lo menos. Como ha dicho muy bien el señor León y Castillo, España formaba un el Noroeste de Africa un verdadero imperio colonial.

Cuando ya se iba a firmar el tratado, se produjo una de nuestras innumerables crisis políticas : subió el ministerio Silvela, y éste, que antes se manifestaba conforme con el tratado, se negó a aceptarlo, y permitió que su ministro de Estado señor Abarzuza, inspirado por el señor Maura, se negase a subscribirlo. Con este cambio brusco de actitud queda demostrado que el señor Silvela no tenía convicciones muy arraigadas sobre el problema africano, y que, por lo tanto, no estaba en condiciones intelectuales para regir los destinos de la patria. Pero aquí, esta carencia de condiciones intelectuales parece ser la condición indispensable para ocupar los altos puestos del mundo oficial. Silvela creía que a España le era más conveniente la continuación del « statu quo » ; y, con efecto,

esto era lo mejor en teoría ; pero Silvela no comprendió que para esto hubiera sido necesario a España contar con una alianza poderosa que oponer a Francia, deseosa de precipitar los acontecimientos ; que se necesitaba más fuerza para imponer el « statu quo » que para participar del reparto de Marruecos. Silvela alegó que el tratado de 1902 se hacía sin contar con Inglaterra ; pero en este caso, lo que debiera haber hecho es ponerse al habla con esta nación, adelantándose a Francia, que entonces se hallaba indispuesta con Inglaterra por el problema del Sudán. Silvela procedió fundándose en que « jamás Francia e Inglaterra se pondrían de acuerdo sobre Marruecos » (1). Y, efectivamente, un año y cuatro meses después de la subida de Silvela, Inglaterra y Francia firmaban el tratado de 8 de abril de 1904.

Queda, pues, demostrado que don Francisco Silvela no tenía condicio-

(1) Palabras textuales del señor León y Castillo en «El Imparcial» del 8 de diciembre de 1912.

nes para guiar a España a sus destinos.

Pero entre la subida del señor Silvela al Poder y el fracaso definitivo del acuerdo francoespañol y firma del francoinglés, aún se sucedieron en España otros Gabinetes : uno presidido por Villaverde y otro presidido por Maura. (Para estas cosas no faltaba la actividad.) Estos dos presidentes siguieron la misma política que había seguido Silvela. Esperar descansadamente.

La misma política que seguía el sultán de Marruecos.

VII

EL TRATADO DE 1904
UNA AUTORIDAD POCO SÓLIDA

El año 1904 fué para nosotros menos cruento, pero no menos calamitoso que el 1898. Francia obtuvo de Inglaterra el « exequatur » para su preponderancia definitiva en Marruecos. Y nosotros tuvimos que pactar ya en condiciones de inferioridad. Tuvimos que empezar por adherirnos a lo que otros habían tratado sobre un país que debiera haber sido exclusivamente nuestro. Además de las restricciones a que somete nuestra acción, el tratado de 1904 reduce bien tristemente nuestra esfera : al Norte se pierden Fez, Taza y casi todo el valle del Sebú con sus altos afluentes y el Innauen ; al Sur se pierde nada menos que

la cuenca del Sus, y nuestro límite oriental retrocede vergonzosamente. En vez de explotar sabiamente en nuestro provecho la rivalidad entre Inglaterra y Francia, las hicimos amigas para nuestro daño.

Don Gabriel Maura y Gamazo, en su libro « La cuestión de Marruecos », y recientemente en el Congreso, ha defendido no sólo la superioridad del tratado de 1904 sobre el fracasado de 1902, sino la superioridad de la zona que aquél nos concedía sobre la que nos daba el otro. El señor Maura y Gamazo dice textualmente « que la zona de influencia española en el convenio de 1902 abarcaba la parte más pobre, menos comercial y más refractaria a la civilización de todo el Imperio ».

Acudamos nuevamente a la luz de la Geografía, sin la cual los políticos no pueden dar más que palos de ciego, y pronto comprenderemos que el citado escritor se encuentra en este último caso.

Fuera de los levantamientos militares de planos y mapas en áreas muy reducidas, lo que han hecho los españoles desde los tiempos de Badía, para el estudio de la geografía marroquí, es, dicho sea en honor de la verdad, una insignificancia en comparación de lo realizado por los extranjeros. (Mil-y-unésima prueba de que sin la base geográfica previa no puede haber en política más que desastres.) Los que han explorado y estudiado Marruecos desde el año 1860 son alemanes, como Rohlfs, Oskar, Schnell, Fischer, Pfeil y Weisgerber; ingleses, como Dalton Hooker, John Ball, Maw y Thomson; franceses, como Foucault, La Martinière, Segonzac, Larras, Michaux-Bellaire, Brives, Lemoine, Landreit de Lanchanière, Le Gentil y el servicio cartográfico militar. ¡Sabios alemanes, ingleses y franceses! Por eso Alemania, Inglaterra y Francia son las que han resuelto a su gusto la cuestión marroquí. Es perfectamente lógico.

Le Gentil, en una obra en que, además de sus valiosas observaciones personales, aprovecha las de los que le han precedido (1), dice textualmente :

« Toda la zona litoral (del Oeste) sometida al clima atlántico húmedo, del cual hemos hablado, ofrece suelos de una gran riqueza, que podrán, el día en que sean explotados metódicamente, rivalizar con las tierras más ricas del mundo entero. »

Téngase presente que la favorable pluviosidad del clima en la costa atlántica marroquí va disminuyendo de Norte a Sur, y recuérdese que de esta región se nos daba en 1902 la parte más septentrional. Una gran parte de esa región se nos quitó en el tratado de 1904.

Del Sus, que se nos daba también en 1902 y se nos quitó en 1904, dice Le Gentil :

El Sus, a pesar de su clima bastante seco, ofrece un porvenir muy diferente — (que la región de Tafilete, que en 1902

(1) « Le Maroc Physique », París, 1912.

quedaba para Francia). — Las grandes capas de aluvión que cubren la llanura se hallan surcadas de « multitud de corrientes de agua », que descienden del Alto-Atlas, del Anti-Atlas, del macizo del yebel Sirúa. La topografía del valle permite concebir toda una red de canalización que podría dar al suelo, insuficientemente rico, « una fertilidad hasta hoy desconocida », tanto más cuanto que el clima, muy cálido, puede ser favorable para « cultivos especiales, como los del algodón y de la caña de azúcar ».

De la región Taza-Fez (que se nos daba en 1902 y se nos quitó en 1904) dice el mismo autor :

« ... Recorriendo la gran banda de depósitos del estrecho sudrifeño, desde los confines argelinomarroquíes hasta la costa atlántica, se pueden encontrar suelos de una fertilidad muy variable, aunque, de un modo general, sean «siempre susceptibles de ser dedicados al cultivo... » La extensión de país habitada por los Tsul, los Hyaina, los Ulad-Hay

entre Fez y Taza — (país incluído en nuestra zona en 1902 y excluído en 1904) — es seguramente más húmeda que el valle del Muluya medio. Así, a igualdad de composición geológica, « los suelos son allí susceptibles de mayor fertilidad », y veremos que esta fertilidad aumenta a medida que nos acercamos a la costa, donde reina la humedad atmosférica que hemos indicado. »

« ... Ciertas regiones son más ricas a causa de la humedad del subsuelo ; es el caso de la llanura de los Beni-Mtir, entre Fez y Mequinez. »

El país de los Beni-Mtir quedaba ya en 1902 para Francia ; pero Le Gentil sigue diciendo :

« Es esta capa acuífera la que da origen al uad Fez. La capital xerifiana se halla al borde de la llanura de Sais, prolongación oriental de la de los Beni-Mtir.»

Y esta llanura y Fez entraban en nuestra zona en 1902 y no en 1904.

Por lo demás, la ciencia geográfica enseña que toda ciudad populosa surge

como resultante de una gran suma de actividad humana. En países muy centralizados, como España, la ciudad populosa (Madrid), puede responder a la vida económica, no de un pequeño radio, sino de toda la nación quizá. En países tan descentralizados como Marruecos, donde el blad-el-majzen y el blad-es-siba se compenetran y entremezclan complicadamente, una gran ciudad como Fez (la única gran ciudad moghrebita), responde a la actividad de una región más restringida. Y la mayor parte de esa región era para España en 1902 y se perdió en 1904.

« Toda la parte del Norte marroquí — sigue diciendo Le Gentil — situada al Oeste de Fez y al Norte del paralelo de esta ciudad » — (zona española en 1902) — « es de una fertilidad notable » dondequiera que se encuentra uno en los depósitos del estrecho sudrifeño, porque está favorecida por el clima húmedo de la zona atlántica ».

« Allende la confluencia del Uargha »

— (región que adquirimos en 1902 y perdimos en 1904) — « los suelos son generalmente arcillosos, a causa de los frecuentes afloramientos del helveciense. Luego el río Sebú se prolonga en meandros divagantes al describir su gran curva en los aluviones cuaternarios, que producen «suelos particularmente ricos.»

Estas regiones son las que don Gabriel Maura llama « la parte más pobre de Marruecos ». Y añade, refiriéndose a nuestra zona de 1902, estas palabras, que glosamos y no tienen desperdicio :

« Como garantía de los intereses estratégicos de la península era excesivamente vasta... »

Ya hemos demostrado lo contrario ; no por lo que hace a la península, sino a la nación, de la cual forman parte las islas Canarias.

« ... Como campo de penetración económica, excesivamente pequeña y «de calidad detestable. »

En cuanto a la calidad, ya lo hemos visto. En cuanto a superficie, véase en

el mapa, y a luz de los párrafos de Le Gentil transcritos, que ofrecía un regular campo de colonización a nuestros emigrantes. Pero de todos modos, mucho más pequeño y de peor calidad es lo que nos dejó el convenio de 1904; causa, a su vez, como ha alegado el Marqués de Alhucemas, de que hayamos salido peor librados aún en 1912.

Queda pues demostrado, que el señor Maura y Gamazo desconoce la geografía de Marruecos, y que, por lo tanto, no puede ser autoridad en asuntos marroquíes. Pero tampoco está el mismo autor en lo cierto al afirmar que la zona de 1902 pareció excesiva a los gobiernos conservadores.

Uno de los recientes discursos del señor García Prieto lo ha demostrado.

« ¿Por qué — ha dicho el ministro de Estado aludiendo a la prensa conservadora — no obtuvisteis la zona que el señor León y Castillo había logrado en el Tratado de 1902? ¿Porque la considerábais excesiva, porque creíais que no

era conveniente para España? No ; eso lo puede afirmar un diario que no esté enterado ; « eso no lo pueden decir los que conocen la negociación de 1904 » ; eso, sobre todo, « tengo yo que afirmar que no es cierto » ; que el partido conservador en 1904, lo mismo que el partido liberal en 1911 y 1912, reclamó, y reclamó con insistencia, una mayor extensión territorial que la que luego vino a consignarse en el tratado de 1904, y que el señor Rodríguez Sampedro, con verdadera tenacidad, defendió que quedara en la zona española Fez, y por consiguiente Wazan... »

Este mismo señor Rodríguez Sampedro, a las preguntas que se adelantó Montero Ríos a formular en el Senado, en marzo de 1904, sobre las negociaciones de Francia y Marruecos acerca del asunto que tanto interesaba a España, este mismo señor Rodríguez Sampedro había contestado tranquilamente, « diciendo que hay tratos, pero que todavía no están ultimados ; que conoce una

versión, según la cual Francia e Inglaterra sólo han convenido en que esta cuestión necesariamente ha de resolverse de acuerdo con España ; y deduce de las buenas relaciones existentes entre ellas y España, que no habrán resuelto nada que a ésta perjudique » (1). Es decir, todo lo contrario de lo que sucedió. Porque, de la mayor fuerza que este convenio dió a Francia, nos vino el perjuicio de la reducción de esfera.

El retroceso de nuestros límites marroquíes en 1904 no obedeció pues al criterio del gobierno conservador, sino que fué una derrota.

Fué la consecuencia lógica de la pasividad y de la falta de visión y de diplomacia de los gabinetes Silvela, Villaverde y Maura (don Antonio), que se sucedieron de 1902 a 1904. Los tres jefes de gobierno resultaron pues incompetentes para defender los intereses de España.

(1) Gonzalo de Reparaz : «Política de España en Africa», pág. 379.

En cuanto a las partes más pobres de Marruecos se incluyeron ya en 1902 en la zona francesa, como no podía menos de ser, pues son la inmensa región llamada « esteparia », y mejor de desiertos y semidesiertos, de la meseta interatlántica al Este, y la saharina, mucho mayor aún, del Sudeste. »

VIII

EL DESASTRE FINAL COMO CONSECUENCIA DE DIEZ AÑOS DE ERRORES

Mucho temieron nuestros políticos a Inglaterra en 1902 (y en esto habrían sido prudentes si al temor hubieran hecho seguir la acción diplomática); pero, en cambio, ni en 1902 ni en 1904 se preocuparon lo más mínimo de Alemania.

Esta «pequeña» distracción determinó el viaje de Guillermo II a Tánger, donde declaró que el Sultán era un soberano en absoluto independiente; y la conferencia de Algeciras. Por aquel entonces fué ministro de Estado el señor Sánchez Román, catedrático de la Universidad Central, sobre cuya gestión ha

escrito párrafos muy graciosos Gonzalo de Reparaz en su libro « Política de España en Africa », páginas 409 y siguientes. Pero el presidente señor Montero Ríos, tuvo el buen acuerdo de dirigir personalmente la gestión diplomática, como lo prueba el que para él solo y no para el catedrático de la Universidad ha recabado recientemente el señor García Prieto la gloria de lo conseguido en las negociaciones de 1905, a saber : que la conferencia internacional se celebrase en España, y que España y Francia se pusiesen de acuerdo a fin de que la policía, que se suponía que había de ser uno de los objetos de la discusión en la conferencia, fuese « una policía por partes iguales para España y para Francia » (1).

Pero en esto surgió una nueva crisis ministerial. Subió al Poder el señor Moret, y cambiaron las cosas radical-

(1) Discurso pronunciado en el Congreso por el señor García Prieto, marqués de Alhucemas, el 13 de diciembre de 1912.

mente. En vez de salir con una policía por partes iguales, nos quedamos con dos puertos exclusivos contra cuatro exclusivos para Francia, lo cual no sería seguramente porque Francia hubiera hecho presión en contrario, ni porque Alemania se pusiera en favor de los franceses. España, ante la deslealtad de Francia, ¿no hubiera podido explotar la intervención de Alemania? Moret, al subir al Gobierno, se había apresurado a declarar que en la conferencia de Algeciras España iría con Francia e Inglaterra. Y ya hemos visto el resultado. Lo conseguido por Montero Ríos en 1905, se vino abajo después de la subida de Moret en 1906, como el tratado que concertaba en 1902 el gabinete Sagasta quedó destruído a manos de los gabinetes Silvela, Villaverde y Maura.

El tratado de 1912, que ha publicado toda la Prensa diaria, ya lo ha dicho el propio García Prieto en sus discursos,

ha tenido que negociarse partiendo del estado a que nos habían reducido todos los errores precedentes. Así, no podía ser más que un desastre, aunque no deba atribuirse su responsabilidad total al ministro que lo negoció, de igual modo que sería absurdo atribuir a don Eugenio Montero Ríos toda la responsabilidad del tratado de París de 1898.

El de 1912 acaba de demostrar que Francia no puede en modo alguno ser considerada por nosotros como una aliada, sino como la enemiga mayor.

Por lo pronto, Francia se armó contra nosotros pactando en 1911 con Alemania. Francia, la rival irreconciliable de Alemania, supo explotar el interés de ésta en Marruecos ; y España, por la incapacidad de sus políticos, no lo ha sabido. Claro está que, puestas ya fundamentalmente de acuerdo aquellas dos potencias, era ya tarde. Antes, en años anteriores y aún en 1911, al principio, cuando lo decía « La Mañana », es cuando hubiera habido que moverse, ganando

por la mano a Francia. «Yo creo que, lo mismo en 1911 que en 1909, en que se trataba de Marruecos... no se podía tratar sin que la voz de España, una de las dos naciones que tenían intereses preeminentes reconocidos, fuese oída; y tengo que declarar, señores diputados, que pedí que se nos oyese y que lo pedí con insistencia» (1). España tuvo que pedir, porque no se había puesto a tiempo en condiciones para exigir. Y en diplomacia el que sólo pide, pierde.

Francia se opuso a que España fuese oída, mientras ella negociaba con Alemania sobre la totalidad de Marruecos, y le hacía en el Congo cesiones de territorio que afectaban a los límites y eventualidades de la colonia española del Muni.

Y esta obra desleal de Francia ha sido luego invocada como un derecho a exigirnos compensaciones. Así es como el tratado de 1912, recortando aún las mezquinas zonas que habíamos conser-

(1) Marqués de Alhucemas; discurso citado.

vado en 1904, las deja reducidas a esos eternos retacillos con que la personalidad de España quedará puesta en ridículo en los modernos mapas de Africa.

En el terreno del derecho no puede admitirse de ninguna manera la teoría de las compensaciones alegadas por Francia. Francia cede a Alemania territorios a cambio de que Alemania ceda en pretensiones ; pero esa cesión que Francia hace a Alemania no nos beneficia en nada, sino que más bien nos perjudica, porque deja un territorio nuestro, el Muni, que antes lindaba con posiciones alemanas y francesas, convertido en un enclave de las alemanas ; y la cesión de Alemania a Francia nos perjudica enormemente, porque parte de lo que aquélla reconoce a ésta nos corresponde a nosotros. El tratado francoalemán de 1911 es, pues, un pacto sin contar con España y perjudicial a España. Considerarlo como fundamento jurídico para pedir a España compensaciones, es un contrasentido que raya

en lo inconcebible ; porque la compensación se da a cambio de una ventaja, y España no ha hecho más que padecer perjuicios.

Llamando a las cosas por sus nombres, lo que dió el tratado francoalemán a Francia no fué más derechos, sino más fuerza para imponer su voluntad a España ; esa fuerza que nuestros gobiernos no supieron buscar ni aprovechar a tiempo.

El tratado de 1912 con las pérdidas territoriales que en Marruecos acarrea a España, es pues el resultado de una imposición de la fuerza. No tiene el menor aspecto de resultado definitivo de un largo acuerdo entre dos países, sino los caracteres de un tratado de paz impuesto por la fuerza de las armas. Hemos sido vencidos sin combatir.

Esta ha sido la consecuencia de sufrir esa larga serie de presidentes y ministros faltos de cultura geográfica y atentos sólo a mezquinas concupiscencias o rencores sectarios ; y esos jefes de

oposición antidinástica no menos incultos, y tan faltos de patriotismo como de sagacidad, ya que, lejos de explotar en favor de los propios ideales esa incapacidad del enemigo para defender los altos intereses de la nación, no han hecho más que combatirle porque los defendía demasiado e incitarle a que los defendiera menos.

Cuando se derrumba un régimen es porque la opinión contraria a él trae para los grandes problemas las soluciones que aquel régimen no tenía. Cuando ocurre lo contrario, pueden las «instituciones» vivir tranquilas.

IX

CONCLUSIONES

De todo lo dicho se deducen dos conclusiones :

Primera. Nuestros políticos, sin distinción de partido, son, en su mayoría, incompetentes para manejar los altos intereses nacionales. Antes que una revolución dentro del régimen vigente, lo que hace falta es una revolución dentro de cada partido (dinástico o antidinástico) para derribar de sus alturas directivas las mentalidades incultas y arcaicas, y elevar a espíritus que se encuentren a la altura de la época ; pero sin perder de vista que el pleito no es entre jóvenes y viejos, sino entre competencias y nulidades, pues de éstas las hay en todos los peldaños de la vida.

Segunda. Los intereses de Francia y España en Marruecos no son harmónicos, sino incompatibles. Si no cambiamos radicalmente de política, lo lógico es suponer que nuestra situación en el Moghreb siga empeorando, como ha ido empeorando de 1902 a 1912. Tras la retirada de límites vendrá nuestra expulsión definitiva, y tras ésta, si no antes, la invasión francesa en la península, como ocurrió a principios del siglo pasado y a raíz de tratados de íntima amistad y cooperación con Francia, muy parecidos en el fondo a los de ahora, aunque no lo parezca. Y entonces, cuando se reproduzcan los horrores de 1808 y 1809 — asesinatos, fusilamientos, violaciones, transformación de nuestras joyas arquitectónicas en cuadras para la caballería invasora, destrucción de ciudades, ruina de industrias, rapiñas de caudales y de objetos de arte — entonces, los que han estado defendiendo en castellano los intereses de Francia contra los de España y engañando al

pueblo, podrán cantar a gusto la « Marsellesa ».

Hace varios años, cuando aún permanecían secretos los tratados de 1902 y 1904, pronostiqué en mis artículos el protectorado de Francia en Marruecos y la ruina de los intereses de España. No quisiera ser profeta una vez más.

Madrid 1.º de enero de 1913.

EL PROBLEMA DE MARRUECOS EN EL CUARTO AÑO DE GUERRA MUNDIAL

I

LA CLAVE DEL ANTIAFRICANISMO

Los acontecimientos desarrollados desde que publiqué por primera vez las líneas precedentes hasta hoy, no sólo no me hacen variar un ápice de ellas, sino que confirman y remachan mis convicciones.

La absurda actitud que ante la guerra han tomado una gran parte de los políticos y de su Prensa, es decir, lo más corrompido de la sociedad española, nos da la clave de la que asumieron respecto a Marruecos durante la paz. Durante la guerra hemos visto a esos políticos y a esos periódicos defender, no ya en cuanto a Marruecos, sino en cuanto al territorio

español mismo, los intereses de los enemigos históricos de España contra los intereses españoles. Les hemos visto y les estamos viendo supeditar los transportes terrestres y marítimos de España a las conveniencias de los Aliados, importándoles poco que se encarezcan las subsistencias y el carbón no pueda llegar de las minas a las fábricas, con tal que el frente francés esté bien provisto de pertrechos con que destruir a Alemania, que es para España la única esperanza en el exterior. Les hemos visto hasta permitir que los trenes españoles se ocupen en transportar a Francia carbón español desde puntos tan interiores como la cuenca de Puertollano. Les hemos visto faltar cobardemente a los deberes de neutralidad, declarando la guerra al submarino, que es precisamente la única base posible para la restauración de la independencia marítima de España, que ingleses como enemigos y franceses en papel de amigos hicieron perecer en Trafalgar. Les he-

mos visto y vemos trabajar contra la valoración de la moneda española ante la extranjera, y entregar a la economía en bancarrota de Francia los millones sacados en último término al trabajo español, que tanta falta hacen para la repoblación forestal, para construcción de ferrocarriles hulleros, secundarios y estratégicos, y caminos vecinales, para crear escuelas, bibliotecas y laboratorios, para aumentar los aprovechamientos hidráulicos, y para proveer a la defensa del Estado. Y si no les hemos visto por fin dar las mismas vidas de los españoles para defender a los eternos enemigos de España, no ha sido por falta de ganas, ni siquiera porque hayan abandonado este proyecto : toda la conducta de los Gobiernos de Su Majestad y de las aparentes oposiciones que en tan íntima inteligencia con ellos colaboran, va encaminada sencillamente a provocar conflictos con Alemania, para que el pueblo no tenga otro remedio que dar forzado esa sangre que espontáneamente

negó. Interesados como abogados, consejeros, tenedores de acciones liberadas u otros conceptos, en las empresas del grupo económico franco-sajón, que tiene avasallada la economía española, los políticos tratan de imposibilitar el ideal, compartido por Alemania, de una colaboración económico-cultural hispano-germana encaminada a nuestra emancipación y resurgimiento. Por eso procuran engañar a la opinión, ocultando, por el secreto en la diplomacia y restricciones de la libertad de prensa, cuanto puede conquistar simpatías a la causa alemana o restárselas a la franco-sajona. Así es como los gobiernos han tratado de ocultar que, por dos veces, hace ya tiempo, Alemania ofreció tonelaje y carbón a España, pero la «Entente» se negó a respetar los buques alemanes al servicio español y a permitirnos ir por el carbón alemán; y ahora mismo, al imprimirse este libro, se ha impedido a los diarios informar al gran público de que Alemania ha vuelto a ofrecer

tonelaje, hasta en propiedad, y además salvoconducto para la bandera española, pero que Francia ha expuesto el criterio de considerar como enemigo a todo barco que navegue con salvoconducto alemán.

No debe, pues, maravillarnos que estos hombres que así están haciendo entrega de España entera, entregaran también Marruecos. Los móviles que ahora les llevan nos descubren los que entonces les pudieron guiar. Los embustes y tergiversaciones con que tratan de embrutecer al pueblo, pintándole como «causa de la libertad» el más monstruoso conjunto de atropellos y de ferocidad sanguinaria que registra la historia, corren parejas con los sofismas con que se trató de matar el interés español por Marruecos, para que este país pudiera pasar más tranquilamente a manos de Francia.

Queda, pues, confirmado una vez más el paralelismo entre nuestros tiempos y el de aquellos miserables traidores

de nuestra historia, que se llamaron Carlos IV y Fernando VII. La entrega de Marruecos recuerda la de la Luisiana (es decir la mayoría del actual Oeste norteamericano) hecha por Carlos IV a cambio de que a un pariente suyo de Italia le aumentaran unas cuantas leguas de dominio (1). Y la comparación

(1) «Por el tratado de San Ildefonso, Carlos IV cedía a Francia el inmenso territorio de la Luisiana, a cambio de que Francia consintiese en amplificar un poco en Italia los dominios del duque de Parma, hermano de la reina María Luisa. Es acaso el ejemplo de mayor desfachatez por parte de un rey, sacrificando los intereses de la nación a los de la familia real. Por lo menos la diplomacia impuso una cláusula previsora: si Francia deseaba un día desprenderse de la Luisiana, sólo podría hacerlo en favor de España. Pero Napoleón, que por una parte no se preocupaba de respetar tratados, y por otra nunca tuvo ideas fijas sobre los asuntos coloniales ni comprendía su importancia, resolvió en 1803 vender la Luisiana a los Estados Unidos. En realidad esta venta no poseía más que las apariencias de un contrato libre e igual. Los «pioneers» del Oeste tenían un interés capital en poseer las dos orillas del Misisipí y su desembocadura, y se preparaban a colonizar el Trans-Misisipí, como habían colonizado el Tennessee y el Kentucky. Napoleón, amenazado de una nueva lucha con Inglaterra, fué en realidad vencido sin lucha en América. España protestó del hecho; pero entonces no tenía fuerza para otra cosa. El desastre de Trafalgar en 1805 acabó de quitarle toda posibilidad de llevar su protesta a vías de hecho. La alianza francesa había empezado a derrumbar el imperio

de la entrega de la patria en Bayona con la política aliadófila actual, ya queda hecha.

La primera necesidad de España sigue siendo, cada vez con más urgencia, la unión de todos los elementos que, viendo claro, sienten el imperativo impulso del patriotismo y del honor, para acabar con este crónico sistema político de farsa y traición.

Y escribo estas líneas en la firme esperanza de que este llamamiento, que en 1913 sonó en el desierto, sea esta vez escuchado y se traduzca pronto en efectiva realidad.

colonial de España.» «... Juan Quincy Adams escribía, ya dentro del segundo cuarto del siglo XIX, en la «Vida de Jaime Mádison», refiriéndose a la adquisición de la Luisiana: «Este grandioso resultado, el mayor que obtuviera gobierno alguno, se alcanzó por 15 millones de dólares y una evidente infracción de la Constitución de los Estados Unidos» (De mi «América Sajona», 1909-1910, págs. 135, 136 y 153). — Vaya la cita a propósito del puritanismo yanqui y de las acusaciones anglo-franco-americanas a Alemania por violación de tratados. ¿Qué quedaría del inmenso territorio actual de los Estados Unidos, base de su acción contra Europa, si hubiesen de empezar por restituir todo lo adquirido mediante violación de tratados, infracción de leyes y actos de violencia? — N. Ad. del Autor.

II

MARRUECOS Y LA INDUSTRIA ESPAÑOLA

En cuanto al interés que Marruecos tenía para España, la evolución que al mundo ha traído la guerra lo ha hecho acrecentar enormemente.

En la época del pacto de 1912 se trataba de un régimen mundial de paz con intensa trabazón internacional de intereses económicos y culturales. Con el régimen de fuerza y egoísmo que la política inglesa y americana han traído, las necesidades estratégicas se hacen más imperiosas, y las relaciones económicas pierden toda garantía de seguridad para mantenidas a través de fronteras políticas. Así, desde los puntos de

vista militar y económico, el interés de Marruecos para España y la necesidad de libertar ese país de otro dominio que no sea el español, aparecen mucho mayores que en el año del tratado.

Ello importa sobre todo, o por lo menos de un modo más directo, a las regiones más industriales de España.

Marruecos es por naturaleza el mercado exterior más natural para la industria española ; y bajo el régimen de economía militarista que Inglaterra y Norte-América han dado al mundo, pocas ilusiones pueden fundarse sobre el comercio con los países africanos exteriores a una esfera de influencia propia.

Pero al problema de la exportación se une ahora otro más importante, si cabe. En el régimen de paz anterior a 1914, la principal preocupación de los países industriales consistía ciertamente en colocar los productos fabricados ; y por difícil que este problema pareciera entonces, hoy nos parece encantadora-

mente sencillo, visto desde el estado del mundo actual. Hoy, con el régimen de economía militarista anglo-americano, el problema más difícil es el de la importación. Antes el comercio era libre para que el hombre fuera a buscar lo que necesitaba allí donde lo había puesto la naturaleza. Ahora el egoísmo económico anglo-americano cierra las fronteras. A la doctrina de que el mundo pertenece a la humanidad, substituye la de que cada pedazo del mundo es monopolio de quien lo domine por la fuerza. Y así el esfuerzo humano carecerá de valor, si no se poseen dentro del dominio militar propio los elementos naturales a que aplicar el trabajo, o no se arrancan al ajeno por la fuerza o la amenaza, como los aliados arrancan a España minerales, metales, víveres y demás elementos para hacer la guerra, mientras España no puede obtener de ellos carbón, algodón e hidrocarburos en la medida necesaria. Este régimen es lo que el señor conde de Romanones,

don Melquíades Alvarez y el ciudadano Lerroux llaman la «causa de la libertad, de la justicia y de la humanidad».

Dentro de este sistema, los Estados Unidos, productores de la mayoría del algodón que se cosecha en el globo, tienen el propósito de privar al resto de los mortales de esta materia prima, para que los hombres no puedan aplicar a ella su trabajo y utilizarla libremente en la satisfacción de sus necesidades. Los Estados Unidos se reservarán el monopolio de la mayoría de esta industria; y los países industriales que trabajaban el algodón norteamericano se verán en la alternativa de asegurarse otra procedencia del algodón en rama o cerrar sus fábricas.

Ante esta perspectiva, ¿qué solución hay para la industria algodonera española o más concretamente para la industria de Cataluña, que debe aspirar no sólo a proveer a España y Marruecos, sino a seguir ensanchando su mercado en Hispano-América?

Los ensayos hasta ahora verificados en el Sur de la Península sobre el cultivo del algodón, demuestran, de acuerdo con los antecedentes históricos, que conocemos sobre todo por Simón de Rojas Clemente (1), la existencia de una zona algodonera española dentro de las conveniencias económicas de nuestra época, y la posibilidad de obtener de esa zona rendimientos, en condiciones ventajosas, de 600 kilogramos de algodón limpio por hectárea, en el cultivo herbáceo. De la posibilidad del cultivo leñoso no hay en el terreno experimental moderno sino indicios. Pero los 600 kilogramos del herbáceo son resultados definitivos obtenidos en cultivos bastante extensos en la provincia de Málaga (2).

(1) Clemente (Simón de Rojas) : « Memoria para el cultivo y cosecha del algodón, principalmente en Motril ». Trabajo publicado, como capítulo adicional, en la « Agricultura General » de Herrera, edición de la R. Soc. Económica Matritense ; Madrid, 1819.

(2) Estos cultivos se han llevado a cabo en las colonias de « San Pedro de Alcántara » (bajo la dirección de don Enrique Cremades como ingeniero inspector, y colaboración de don José Mora como jefe de cultivos), y de « El Angel », entre Mar-

La total zona económicamente algodonera de España, y el número de hectáreas a que en ella podría extenderse simultáneamente el cultivo, no pueden en este momento precisarse, por la complejidad del problema y por la falta

bella y Estepona. Tanto a los propietarios de «El Angel» como al administrador de «San Pedro de Alcántara», don Hilario San-Miguel, debo agradecer las atenciones con que facilitaron el estudio que allí hice en Otoño de 1917 y que publicaré en el próximo tomo (1917-1919) del «Archivo Geográfico de la Península Ibérica». Entre ambas colonias se cultivaban, en 1917, más de 210 hectáreas de algodonero, en cultivo anual, de las variedades «Upland» («Gossipium herbaceum» L. v. «hirsutum» L.) y «Jumel» («G. barbadense» L.), habiéndose llegado a obtener en cosechas anteriores bastante más de los 600 kilogramos de fibra y más de 1,300 de semilla en el «Upland», y, por término medio, cerca de 600 kilogramos de fibra limpia y cerca de 1,100 de semilla en el «Jumel» cuyo producto alcanza mayor precio. Calculando sobre los precios normales anteriores a la guerra, se obtienen beneficios superiores a 400 pesetas por hectárea, en tierras de regadío que valen hasta 2,000 pesetas la hectárea. Así técnica como económicamente el problema está completamente resuelto. Otros ensayos, — algunos fracasados por falta técnica y paciencia (como en Motril y Almuñécar, donde el medio, más favorable que en Estepona, no permite dudar del éxito futuro), otros no terminados, y otros en vías de prosecución, ya de cultivo anual, ya de perenne, unos en regadío y otros en secano, — se han venido haciendo también recientemente en las provincias de Granada, Cádiz, Sevilla y Córdoba; y de ellos me propongo dar asimismo cuenta en mi «Archivo».

de suficiente base experimental moderna.

Históricamente se sabe que el algodón se cultivó también en la Andalucía occidental y en Levante. En el siglo XVII, verbigracia, se cosechaba todavía en grande en Ecija. A fines del XVIII, Cavanilles cita en el reino de Valencia el cultivo de su especie « vitifolium », aunque poco extendido. « Crecen y prosperan — dice — en varios parajes del reino las plantas de algodón... ; pero hacer cosechas importantes y cultivar estos vegetales con conocimiento y esmero, solamente lo han conseguido los de Elche. » Y añade que solía plantarse allí el algodón asociándolo al datilero : « entre espaciosas áreas horizontales, que se dejan entre filas de palmos ». En el segundo tomo de las « Lecturas de Agricultura », de Arias, publicado en 1816, se lee : « El algodón se cultiva con utilidad y ventajas en algunos parajes de España ; pero en las Andalucías, Valencia y Cataluña es en donde se hace

el cultivo más en grande : en esta última provincia se propagó mucho en los últimos años del siglo anterior y primeros del presente, a beneficio de las fábricas del mismo principado (1). En Murcia, aun en nuestros días, se conservan en huertas y jardines algunos ejemplares aislados, descendientes de los que en otro tiempo se cultivaron con carácter económico.

Si en todas estas regiones donde la cría del algodonero es posible biológicamente, lo es también económicamente « hoy », es cosa que no puede deducirse ya de testimonios históricos, sino de ensayos prácticos. Pero los técnicos autorizados presumen que daría resultado.

El sabio ingeniero agrónomo don F. Carmena, director de la « Colonia Ordóñez», cerca de Málaga, a pesar de los resultados económicamente negativos, por él previstos y predichos, obtenidos

(1) Conste que, aunque estas « Lecciones » fueron dadas en el Jardín Botánico de Madrid, me parece que en lo citado hay exageración.

en el cultivo algodonero allí mismo, reconoce como zona algodonera (según opinión particularmente manifestada) toda la región costera andaluza, salvo puntos excepcionales como una faja en la Hoya de Málaga (a que corresponde la « Colonia Ordóñez ») y otra en el Guadiaro, donde las condiciones locales dan lugar a corrientes del SE. y NW. que, produciendo excesivos extremos de temperatura, dañan a la flor y dificultan la apertura de las cápsulas, sobre todo al final del ciclo vegetativo.

En cuanto a penetración de la zona hacia el interior, otro ingeniero no menos competente, el señor Castiñeira, jefe del servicio en Córdoba y a quien se deben, en parte, los ensayos que se hacen con fe en dicha provincia, ha tenido la bondad de comunicarme sus impresiones, según las cuales (1917) se encontrarían estaciones apropiadas para el cultivo algodonero en todo el valle del Guadalquivir hasta más arriba de Posadas, en el Genil y el Guadajoz, y en la misma

ladera de la sierra de Córdoba. Y, a propósito de altitud, recordemos que el algodonero (aunque hoy quizá no resultaría económicamente) ha crecido en la Vega de Granada, y que hace dos o tres años un particular, don Juan Bolín, cultivaba ejemplares en su carmen de la Alhambra, es decir, a cerca de 800 metros sobre el nivel del mar.

Por fin, en cuanto a límite en latitud puedo aducir una opinión valiosa también. Un agrónomo alemán, don Bruno Pünjer, especializado en el cultivo algodonero en el Camerón, y ahora en España por contingencias de la guerra, después de haberme ya confirmado que, en su opinión, el S. y SE. de la Península constituía una región francamente algodonera, me escribió más tarde a raíz de un viaje suyo de estudio por la zona del Ebro en Tarragona, que las condiciones climatológicas eran también allí favorables, en su opinión, para ese cultivo textil, que la posibilidad del riego mediante desviaciones del Ebro hacía realizable.

Dejándose llevar por el optimismo de estos datos, podríamos considerar como región algodonera española la zona baja de las provincias de Huelva, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada, Almería, Murcia, Alicante, Valencia, Castellón y Sur por lo menos de Tarragona, o, más prudentemente hablando, determinadas estaciones de esa zona baja. A ello hay que añadir Canarias. En el Oeste de nuestro pequeño protectorado marroquí actual, parecen apropiados para el algodonero los regadíos de El-Fhhas, Hassef y Garbia, el valle de Arcila si se encuentra agua para regarlo, el del Cherif análogamente, y sobre todo el bajo Luccus (1); y el cultivo se ensaya en Tetuán.

Sobre extensión posible del cultivo sólo poseemos alguna base de cálculo en Granada y Málaga. Teniendo presente

(1) Debo estos datos concretos sobre el NW. de Marruecos al citado ingeniero señor Carmena, que ha recorrido el país. Tanto a él como a los señores Castiñeira y Pünjer, mi mayor agradecimiento por tan valiosa contribución a mi estudio.

que el algodón vendría allí a substituir como cultivo industrial a la caña (en derrota ante la competencia de la remolacha) ; que de caña se llegaron a cultivar más de 3,000 hectáreas en las vegas costeras granadinas, quedando unas 1,000 más para las restantes necesidades ; que el cultivo del algodonero en la forma única hasta el presente resuelta es anual y exige rotación, y no permanente como el de la caña ; pero que, por eso mismo, aunque sólo puede ocupar simultáneamente, cuando más, la mitad del terreno disponible, puede alternar con muchos de los demás productos ; se llega a una cifra algo inferior a 2,000 hectáreas, como extensión probable de cultivo simultáneo en la provincia de Granada.

En Málaga, por análogo razonamiento, llegaríamos a unas 4,000 hectáreas ya que el cultivo de la caña cogió allí en los buenos tiempos más del doble de extensión que en Granada. Esta cifra de 4,000 hectáreas por mí propuesta, ha parecido a alguno de los técnicos con

quienes consulté « in situ » muy posible y a otros difícil de alcanzar, pero a ninguno inverosímil.

En ciertas comarcas, verbigracia en el valle del Guadalquivir, acaso se alcancen mayores amplitudes si las futuras obras de riego las proveen debidamente de agua. En cambio en otras, las extensiones se verán muy limitadas, ya por la topografía, ya por estar el terreno consagrado a otros cultivos más ricos y preferibles (verbigracia en Valencia).

Si, para satisfacer la impaciencia de nuestra curiosidad, extendiéramos a todas las provincias que hemos considerado que podrían ser algodoneras, es decir 14 (contando el Oeste de nuestra zona marroquí como una más), el término medio de 3,000 hectáreas que nos dan Granada y Málaga, y aun añadiéramos una provincia más por lo que pudiera cultivarse en otros puntos de nuestra zona marroquí o de la Península, llegaríamos como máximum hipotético a una extensión de

15 × 3,000 = 45,000 hectáreas

que, a 600 kilogramos por hectárea limpio, nos darían anualmente

27,000 toneladas de algodón en rama

como producción posible calculando por todo lo alto, entre nuestras provincias y nuestro minúsculo protectorado marroquí actual.

Todo esto, que, aun no pecando de optimismo, exigiría bastante tiempo para convertirse en realidad, representaría a lo más el 28 por 100 de las necesidades de nuestra industria, calculando éstas modestamente.

Con efecto : a comienzos del actual decenio, en plena paz (año 1911-1912), el cuadro comparativo del consumo algodonero en España y otros países europeos era el siguiente :

$$\text{Inglaterra} = \frac{876.025{,}880 \text{ Kg.}}{45.300{,}000 \text{ Hab.}} = 19'3 \text{ Kg./Hab.}$$

$$\text{Alemania} = \frac{393.074{,}740 \text{ Kg.}}{65.000{,}000 \text{ Hab.}} = 6 \quad \text{»}$$

$$\text{Francia} = \frac{223.962{,}700 \text{ Kg.}}{39.600{,}000 \text{ Hab.}} = 6'5 \quad \text{»}$$

Italia = $\frac{178.072,120 \text{ Kg.}}{34.700,000 \text{ Hab.}}$ = 5'1 Kg./Hab.

España = $\frac{73.159,540 \text{ Kg.}}{20.000,000 \text{ Hab.}}$ = 3'6 »

La guerra, o, mejor dicho, nuestra paz en contraste con la locura guerrera de otros, nos trajo la brusca subida de 90 millones en 1914 a 143 millones en 1915 (casi 7 kilogramos por habitante calculando en 20'7 millones la población). No sería prudente tomar para el porvenir esta base de cálculo ; pero sí, ya que algo hay que conceder al progreso y a la conquista de mercados extraeuropeos, la cifra de 4'5 kilogramos por habitante que casi se alcanzó en 1914. (Exactamente 4'3).

Nuestras necesidades para 1920, si por entonces la paz mundial se ha restablecido, podrían tener por expresión :

$$\frac{96.750,000 \text{ Kg.}}{21.500.000 \text{ Hab.}} = 4'5 \text{ Kg./Hab.}$$

A razón de un rendimiento medio de 600 kilogramos por hectárea, en regadío, esto exigiría una extensión de cultivo

algodonero de 161,250 hectáreas, en regadío.

Hay que buscar pues fuera de nuestras cuarenta y nueve provincias y del mezquino protectorado actual nortemarroquí, ese 72 por 100 de producción y extensión de cultivo algodonero, para que la independencia de nuestra industria textil, que tantos sacrificios y gloria representa, quede definitivamente asegurada.

La solución de este gran problema español, y dentro de España catalán, no cabe la menor duda de que está en Africa.

Ignoro la parte que Fernando Poo y demás minúsculas posesiones españolas del golfo de Guinea podrían llenar. Pero, dadas su extensión y condiciones (y aun cuando la zona media de Fernando Poo parece muy apropiada para el objeto), poco sería en comparación de los 70 millones de kilogramos de diferencia entre la producción necesaria y la posible supuesta en las provincias y

Norte marroquí. Y como además esta producción posible la hemos calculado por exceso, y la diferencia real sería más bien mayor, resulta de todo, que una de las grandes necesidades geográficoeconómicas de España y, más concretamente aún, de la industria española, es la de una mayor extensión de dominios africanos, donde puedan producirse como mínimo setenta mil toneladas de fibra de algodón.

Pero como nuestra población peninsular ha de seguir creciendo, y nuestra industria aumentando, y la población del mayor territorio africano que obtuviéramos también sería consumidora del artículo, en vez de 70,000 toneladas seremos más previsores contando como ideal 100,000 ; y por lo tanto debemos formular así nuestra afirmación :

España necesita un dominio africano donde pueda cosechar fibra de algodón por cien mil toneladas anuales.

Ahora bien, el primer país donde debe buscarse esta ampliación es Marruecos,

donde al mismo tiempo España resolvería los demás problemas económicos, militares, étnicos y morales, atrás expuestos.

La cantidad de algodón que podría llegarse a cosechar en Marruecos es sin duda importante, especialmente en los « tirs » y « hamri », sobre cuya extraordinaria fertilidad fué el geógrafo alemán Theobaldo Fischer el primero en llamar la atención (1899), y cuya extensión en el Oeste de Marruecos computó el doctor Weisgerber en 2,000 y 3,500 kilómetros cuadrados respectivamente.

Si Marruecos, incluyendo, naturalmente, la zona regable del Sus, no bastase aún a colmar el déficit, ello sería motivo para inscribir también en nuestro ideal una ampliación de nuestros dominios de la zona centroafricana, la extensión de los cuales es hoy, sencillamente, ridícula.

Pero dado lo que ya sabemos sobre la geografía física de Marruecos, no cabe duda de que, si su algodón no llegase a

llenar ese déficit, el que en todo caso dejara sería ya pequeño, y el problema se reduciría tanto, que desaparecería su gravedad : pues ya no dependería de las andanzas del comercio exterior toda nuestra industria algodonera, sino que sólo se trataría a lo más de pedirle un pequeño suplemento.

A todos los aspectos del interés que Marruecos ofrece para España, hay pues que agregar este otro : es la única solución clara y satisfactoria del problema algodonero, uno de los más angustiosos que se presentan al porvenir de España, y, especialmente, al porvenir de la industria catalana.

III

GIBRALTAR POR CEUTA O TÁNGER O UN NUEVO ERROR EN PERSPECTIVA

« Gibraltar no ha de ser para Inglaterra a la terminación de la guerra, porque como tanto hemos invocado el Derecho, por derecho pertenece a España. Dado el caso de que Gibraltar quedase nuestro, tampoco nos interesa, pues aquél valor estratégico que tenía ha quedado reducido a la nada por el poder de la artillería moderna que en breves horas pudiera reducirlo a cenizas ; en consecuencia, Gibraltar debe ser devuelto a España, y en compensación Inglaterra debe recibir Tánger o Ceuta. »

Este párrafo pertenece a un artículo publicado recientemente por un político

colonial inglés en el « Daily Chronicle ». Pero el pensamiento fundamental que encierra nada tiene de nuevo. Ha sido emitido antes millares de veces, y no ya por ingleses, sino principalmente por españoles, como solución definitiva del problema de Gibraltar. Ello es uno de los ejemplos más elocuentes de la desorientación que domina en la mayoría de los cerebros españoles en materia de intereses nacionales, como consecuencia de una falta absoluta de educación cívica, agravada por la acción embrutecedora de los políticos y su prensa.

Sentada la absurda teoría de los servidores de Francia, según la cual, el mayor bien para España sería ignorar que existe Marruecos, escamoteado el problema del Estrecho, y reducida así la cuestión de Gibraltar a la de la integridad del territorio español, la solución de « Gibraltar por Ceuta » no puede ser más seductora. Para los cerebros perfectamente embrutecidos por los políticos al uso, la cosa aparece sencillísima.

Mas cuantos conservamos, pese a la influencia del medio, la lucidez de nuestras facultades, sabemos que la cuestión de Gibraltar no sólo atañe a la integridad del territorio español, sino a los problemas del Estrecho y de Marruecos.

Para España el problema del Estrecho tiene dos aspectos. El uno es la posibilidad de dominar un elemento geográfico especialmente ventajoso. Este aspecto podrá ser tachado de egoísta ; pero el egoísmo en la vida de las naciones es una necesidad. Son tantos los elementos desfavorables (sequía estival, relieve quebrado, etc...) en el factor geográfico español, que más que otros muchos pueblos necesitamos, como compensación, sumar y aprovechar en el mayor grado posible los favorables. España dueña de ambas orillas del Estrecho, tendría un valor internacional inmensamente mayor que hoy, y estos valores, aunque en sí sean de carácter estratégico, hoy vemos bien claro que se traducen en beneficios económicos. Todo

el beneficio económico que de ello se derivaría nos está pues siendo substraído por las potencias que, como hoy Inglaterra en Gibraltar y en otra forma Francia en Tánger, tengan un pie en el Estrecho.

El otro aspecto del problema es más claro aún ; es una simple cuestión de derecho : el derecho a la libre comunicación entre nuestras costas de Levante y Poniente : un caso particular del derecho a la vida. Hoy los puertos atlánticos españoles no pueden comunicarse con los mediterráneos sin la venia de la potencia que domina el Estrecho desde Gibraltar y nos impide hasta fortificar nuestras costas en el mismo Estrecho. El dominio del Estrecho equivale pues a un dominio sobre la vida económica e internacional de España. Bien cruelmente lo pone hoy de relieve la guerra. Y este dominio, lo mismo que se ejerce desde Gibraltar, se ejercería desde la orilla marroquí. Con cambiar Ceuta por Gibraltar no sólo no adelantaría-

mos nada, sino que empeoraríamos la situación; porque para reclamar Gibraltar podemos alegar además ante el mundo el derecho a la integridad de nuestro territorio peninsular, y para reclamar Ceuta, una vez perdida, ya no tendría nuestro derecho este refuerzo. Para los políticos que trabajan para el enemigo es mucho más difícil embrutecer al pueblo haciéndole olvidar Gibraltar, de lo que sería hacerle olvidar Ceuta.

El libre desarrollo de la vida española exige que ni Gibraltar, ni Ceuta, ni Tánger, ni punto alguno del Estrecho o sus inmediaciones, sea asiento de ningún poder militar extranjero. En tanto no ocurra así, España será un país sin libertad, un país supeditado al amo del Estrecho.

A su vez, así como uno de los motivos de interés que tiene Marruecos para España es su relación con el problema del Estrecho, la solución española de este problema condiciona la del general marroquí.

Aunque no quedara ni un solo soldado francés al Sur del río Luccus, España no podría moverse libremente en Marruecos mientras Inglaterra dominase en Gibraltar, Tánger o Ceuta. El dominio extranjero en el Estrecho, lo mismo que cortaría la comunicación entre las costas atlánticas y mediterráneas de España, las cortaría entre la Península y el Moghreb, dejando sin base de operaciones a cuantas fuerzas necesitáramos mantener allí.

Ni el problema militar, ni el económico, ni ninguno de los que he señalado dentro de la cuestión de Marruecos en mi estudio de 1913, quedarían resueltos. La continuidad de dominio (o por lo menos la ausencia de fuerzas extrañas) entre las provincias peninsulares y Canarias no existiría. Y toda nuestra acción económica quedaría condicionada por nuestro sometimiento (como hoy) al amo del Estrecho. De poco nos serviría que el ferrocarril trajese a Tánger balas y balas de algodón cosechado por

agricultores españoles en los « tirs » del Oeste marroquí, si la escuadra inglesa, con base de operaciones en Ceuta, igual que en Gibraltar, se empeñaba en no dejarlo llegar a las fábricas de Cataluña.

La fórmula « Ceuta o Tánger por Gibraltar » no resuelve pues nada. Por el contrario : puede servir de pretexto para escamotear ante la masa la significación del problema del Estrecho, y agravaría el estado del problema marroquí.

Huelga añadir que todas las razones que militan, desde el punto de vista español, contra el dominio inglés actual en Gibraltar, o el hipotético en Tánger o Ceuta, militan contra el dominio francés, hoy efectivo, en Tánger. Ciertamente que este dominio es distinto del que Inglaterra ejerce en Gibraltar ; pero no es menos incompatible con la solución española del problema marroquí, y aun con la efectividad de nuestro protectorado norte-marroquí de ahora.

El estado actual de Tánger representa un caso más de burla, por parte de Francia, de los tratados hispano-franceses. Tánger no es, como los tratados dispusieron, un punto realmente internacionalizado, sino un centro de acción francesa contra la actuación, el prestigio y los intereses de España y Marruecos. Esta acción ha venido comprendiendo desde la campaña sistemática de la prensa, hasta la introducción de armas belgas para que los moros matasen españoles. Desde 1913 Tánger ha venido siendo un padrón más de ignominia para todo el régimen político que domina en España, sin saber o sin querer guiarla a sus destinos.

Barcelona 23 de junio. — Madrid 15 de agosto de 1918.

ANTE LA PRÓXIMA PAZ

I

LOS POLÍTICOS AL SERVICIO DEL ENEMIGO

La guerra, quitando estabilidad al mapa político del mundo, ha venido a poner de nuevo sobre el tapete todos los problemas territoriales y con ellos el moral de la justa distribución del factor geográfico.

Ante esta nueva y doble oportunidad de que España vuelva a proclamar sus necesidades y abogar por ellas, los representantes, lo mismo en el campo monárquico que en el republicano, de la politica sin intelectualidad ni patriotismo, han permanecido mudos, como si tales necesidades no existieran y en el mapa de la soberanía española no

hubiera ningún problema por resolver. Su actividad se ha dedicado a servir los intereses con que el particular de cada cual está ligado; ya sean los de empresas extranjeras que explotan en detrimento de España el factor geográfico español; ya los de los países representados económicamente por esas empresas; ya los de una institución política. Nadie ha pensado en el interés nacional.

He aquí explicado el divorcio entre la mayoría de los caciques políticos, dinásticos o republicanos, y la opinión. Si los políticos hubieran sido inteligentes y honrados, habrían dicho al pueblo: acuérdate de que los Estados-Unidos, con la colaboración diplomática de Inglaterra y el asentimiento de Francia, nos expulsaron de la América que descubrimos y civilizamos, añadiendo a la fuerza el insulto y la calumnia ; acuérdate de que en 1902 Francia dejó reducidos a un mínimo geográfico ridículo nuestros derechos en el Congo, substrayéndonos territorios que habían en-

trado en el área de acción de nuestros exploradores; acuérdate de que durante los diez años siguientes Francia ha trabajado contra el porvenir de España en Marruecos hasta dejarnos reducidos al mezquino territorio actual, y que ahora sigue laborando desde Tánger, por la prensa y la intriga, para arrojarnos de él; acuérdate de que Inglaterra domina Gibraltar e impide a España fortificarse en su propio territorio, y mantiene en Portugal una puerta constantemente abierta para invadirnos; acuérdate de la influencia suctora que empresas inglesas y francesas ejercen sobre nuestra economía, impidiendo la libre expansión de la riqueza nacional; y deduce de todo esto que tus simpatías en la guerra no deben estar con Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, sino que, al contrario, sólo del abatimiento del imperialismo, cada vez más insaciable, de estos tres Estados, puedes esperar tu liberación.

Lejos de esto, nuestros políticos co-

rrompidos y su prensa se han puesto abiertamente al servicio de los enemigos de España y han querido sacrificarles el país, como en los tiempos de Carlos IV y Fernando VII. Y ha sido la opinión española la que, como entonces y a pesar de los esfuerzos de esos políticos por embrutecerla, ha salvado su instinto de conservación, y, en su inmensa mayoría, ha comprendido que nuestras simpatías únicamente debían ser para Alemania, no sólo porque la superioridad de su ciencia y su técnica nos la señalaban como la mejor guía para nuestro progreso intelectual e industrial, sino porque era la única gran potencia europea cuyos intereses geográficos exteriores coincidían con los nuestros; principalmente por tener enemigos comunes. El empeño de Inglaterra y los Estados-Unidos en destruir la industria y la navegación alemana, es el mismo que pusieron por destruir el comercio y la marina de los descubridores de América.

Los políticos españoles, sirviendo con vileza de lacayo a nuestros enemigos de siempre, han aparentado no ver en el conflicto mundial más problema de interés español, que el de los ataques de los submarinos; y alrededor de este problema se ha tratado de crear en el pueblo odio contra Alemania, como preparación para que se deje llevar a la guerra si ésta continúa, o acepte mañana las mercancías francesas, inglesas o yanquis de preferencia a las alemanas, y la influencia intelectual del mundo de lengua francesa e inglesa a la superior del mundo alemán. Pero la opinión española ha comprendido que, si los submarinos han atacado barcos oficialmente españoles, ha sido en legítimo derecho de defensa ; ha sido porque esos barcos transportaban para la «Entente» víveres y material de aplicación militar, con el cual se causaba la muerte a millares de alemanes y se prolongaba la guerra ; ha comprendido que, de los barcos torpedeados, muchos

eran sólo nominalmente españoles, pero en realidad barcos extranjeros que explotaban la bandera española y la falta de dignidad de los Gobiernos para ayudar a la causa enemiga de España, y otros eran barcos que, en lugar de servir a las angustiosas necesidades del consumo español, le restaban tonelaje en beneficio de intereses extranjeros; y ha comprendido que, si la guerra submarina no hubiese restringido este tráfico (enriquecedor para Compañías en que tienen participación los políticos, pero contrario al interés del pueblo español), se hubieran exportado de nuestro país muchos más víveres y materias primas, y hubiera sido mucho mayor la escasez de subsistencias y de metal y otros elementos para nuestra industria, y mucho más cara y difícil la vida en España. El pueblo ha visto que, mientras los políticos gritaban contra los submarinos, la marina mercante respetaba servilmente el bloqueo inglés, y no iba en busca del carbón

que Alemania ha ofrecido en varias ocasiones a España y que España necesitaba; que nuestros buques eran a cada momento detenidos en puertos de la «Entente» y obligados a hacer, mal de su grado, viajes para fines militares contra Alemania; y que en la serie de atropellos por parte de la «Entente» se llegaba hasta violar la correspondencia española y el sacratísimo derecho al trabajo, perturbando la vida económica interior mediante la vergüenza de las listas negras, contra la cual nada han dicho ni hecho los políticos que sirven a la actual monarquía o pretenden servir a la república. La opinión comprende que, no sólo el interés, sino el honor de España, continúa hollado por nuestros eternos enemigos históricos, con la abyecta complicidad de la mayoría de nuestros políticos.

El gran problema español no es el de servir de carne de cañón para destruir a Alemania y con ella las más grandes creaciones de la civilización

europea. El gran problema español es el de libertarse de la succión económica de sus eternos enemigos y el de realizar su ideal geográfico : la libertad del Estrecho y de Marruecos, una esfera de acción africana acomodada a nuestras necesidades (sobre todo en cuanto a la provisión algodonera y alimenticia), y la seguridad de la frontera portuguesa.

Esta es la gran necesidad histórica de España ; y sólo las instituciones que vienen a satisfacer las necesidades históricas de los pueblos son las que triunfan y prevalecen. Así, la república ha tenido dos grandes ocasiones de implantarse en España : una en 1898, cuando, ante el desastre, se imponía el castigo ; otra durante la guerra actual, ante la traición. No ha venido, porque los partidos republicanos no han estado dirigidos por políticos al servicio de nuestras necesidades históricas. La república se hubiera implantado con toda seguridad a mediados de 1917,

sin costar una gota de sangre, si los que explotan este ideal hubieran estado entonces al verdadero servicio de España y no de intereses extranjeros y enemigos. Tan pronto como se forme en España una federación republicana dirigida por verdaderos patriotas, que miren la política como un sacrificio y no como un medio de lucro, la república se impondrá irresistiblemente. Por eso los enemigos de la república tienen gran interés en que los políticos que monopolizan el republicanismo sigan pareciéndose a los que sirven a la actual monarquía.

De los partidos organizados en España, sólo los de la extrema derecha, principalmente el jaimista, han empuñado con energía, durante la guerra, la bandera de la causa española. Por este camino el jaimismo, considerado por muchos como anacronismo imposible, se ha mostrado tan próximo al triunfo, que hasta ha hecho vislumbrar este triunfo como una necesidad sal-

vadora para la patria. Por este camino es indudable que el porvenir sería en nuestro país de los partidos de la extrema derecha. Por eso los que profesamos ideas liberales y republicanas debemos ser los más empeñados en no dejarles monopolizar la fuerza de la historia; debemos apresurarnos a librarnos de la traición, y empuñar, envuelto en nuestros ideales, ese lábaro del interés español, de la necesidad histórica de España, que conduce indefectiblemente al éxito. Si derechas e izquierdas coincidimos en el ideal nacional, nuestra lucha futura será una noble colaboración para el bien común.

II

ANTE UNA PAZ DE VICTORIA

Para que España logre los ideales que acabo de formular, lo primero es que los comprenda y los sienta ; la segunda condición que sólo consintamos políticos que los sirvan en vez de desorientar traidoramente a la opinión ; la tercera aprovechar todas las coyunturas de la política exterior que se presenten.

Por lo que hace a la guerra actual, la perspectiva aparece hoy muy diferente de lo que era cuando se escribieron los anteriores capítulos de este libro, y puede volver a variar ; por lo cual prescindiré de cualquier momento dado y me referiré a las hipótesis posibles para lo porvenir.

Estas hipótesis pueden reducirse a tres:

1.ª Alemania vencedora.

2.ª La «Entente» vencedora.

3.ª Paz de principios.

1.ª Es posible que la primera hipótesis sea tachada por alguien de poco verosímil hoy. (Escribo cuando aun no se conocen las condiciones del armisticio con Alemania.) Sin embargo, recuérdese que menos verosímil ha aparecido el triunfo de Francia durante casi toda la guerra. Federico II de Prusia se vió en la guerra de Siete Años no menos apurado (en relación con los medios de entonces) de lo que hoy aparece Alemania, y sin embargo triunfó. España se vió en tiempo de Napoleón reducida a la sola ciudad de Cádiz. Nadie puede negar que la ferocidad militarista que muestran en estos momentos (fines de octubre de 1918) Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, no acabe por unir contra ese triple imperialismo a todo el resto de la humanidad, y de sublevar

a las mismas poblaciones de esos países, si no están aún deshumanizadas por completo.

Como quiera que sea, no hay duda que ante esta primera hipótesis (y prescindiendo de si es o no verosímil), la solución del problema español estaría en una estrecha amistad hispano-alemana.

2.ª Si Alemania es francamente vencida ¿no quedará justificada la política francófila?

¡No!

Venza quien venza en el pleito actual, siempre el interés de España será el mismo: Gibraltar, el Estrecho libre, nuestra economía interior libre de succiones extranjeras, Marruecos libre, un área africana que responda a nuestras necesidades, y asegurada la frontera portuguesa. ¿Es que estos fines se pueden conseguir mediante una política favorable a la «Entente»? ¡No!, porque precisamente son las naciones de la «Entente» las que nos impiden obtener estos fines.

El señor Maura, en uno de sus ambiguos discursos, del que se quiere a cada paso seguir sacando partido, pero que a mí no me engañó nunca, como ninguno de los demás suyos, sentó la teoría del occidentalismo, que no es más que un ardid retórico para engatusar inteligencias débiles: España debe ir por razones geográficas con Francia e Inglaterra, porque está con ellas al Occidente. Infantil idea tiene el señor Maura de la Geografía. Según ésto Francia no debiera haberse aliado con Rusia, porque una está al este y otra al oeste, ni menos Inglaterra con el Japón; ni Italia debiera haber tenido jamás intereses contrarios al Austria, puesto que ambas estaban en los meridianos centrales de Europa. Pero también ¿por qué poner el criterio en los meridianos y no en los paralelos? Así la geografía ordenaría que Francia y Alemania fueran siempre aliadas, porque están en las latitudes europeas medias; y en cambio debieran ir contra

ambas España e Italia aliadas, porque están al sur.

El factor geográfico no consiste sólo en la posición matemática, como parece creer el señor Maura : el factor geográfico es la suma de condiciones que la naturaleza ofrece en cada parte de la Tierra a la vida humana, y esta suma es harto más compleja que los puntos cardinales.

Las causas que hacen a los países aliados o enemigos, son la harmonía o discordancia de los intereses económicos o territoriales, y esta harmonía hace a España aliada natural de los enemigos de Francia e Inglaterra.

El señor Maura ponía ciertamente una condición, en la teoría, para su occidentalismo (en la práctica no pone ninguna): que Francia e Inglaterra desistieran de su tradicional política antiespañola ; pero como Francia e Inglaterra no desisten, ni aun el cambio radical en tan complejos fenómenos puede ser obra de una voluntad a quien se persuada, sino

que la fuerza histórica tiene raíces mucho más hondas, la hipótesis del señor Maura es completamente estéril.

Si se realizara (de lo cual no vemos indicios), quiere decir que entonces dejaría España de considerar a esas potencias como enemigas. Pero esto no autorizaría tampoco a aliarse con ellas contra Alemania. Porque, como Alemania no nos ha hecho ningún mal, llevar la muerte y destrucción a quien tantos bienes debemos en enseñanzas científicas y progresos técnicos, sería una infamia, y una infamia no debe hacerse jamás, por muchos beneficios que produzca. Alegar el provecho en justificación del mal, es adoptar la moral de los falsificadores, de los ladrones y de los asesinos.

La única manera de lograr nuestros ideales exteriores es buscar el apoyo de los intereses harmónicos con ellos. Si la «Entente» derrota a Alemania, quiere decir que el logro de nuestros ideales se aleja, se imposibilita por el

momento. Pero esto no justifica que nos hagamos esclavos de la «Entente», porque con esta esclavitud nuestros ideales no los obtendremos tampoco, sino que acabaremos de perder el resto de libertad que nos queda.

A lo que lleva el caso de esta segunda hipótesis es a justificar la actitud de los germanófilos españoles, que nunca hemos pedido la intervención al lado de Alemania, sino la neutralidad. Si Alemania es vencida, lo que se deduce de ahí es que debemos lamentarlo, porque en Alemania seremos también vencidos nosotros, como en 1898 con España fué vencida toda Europa. Si son nuestros enemigos históricos los que triunfan, la actitud digna y patriótica de España será lamentar este triunfo, y disponerse lentamente para poder desempeñar un papel más activo cuando se vuelva a presentar ocasión, tomando como modelo a la Prusia vencida por Bonaparte, que sólo pensó entonces en echar los cimientos de su futura grandeza.

Pero nunca, ni en próspera ni en adversa fortuna, debemos renunciar a nuestros ideales, ni a nuestras esperanzas. La derrota de Alemania afirmaría la comunidad de intereses y sentimientos hispano-alemana ; la fecha de su derrota sería para siempre inseparable de la del año 1898; e impotentes hoy ambos, y ambos necesitados de resurgir, ella sería, con su ejemplo y colaboración, nuestra mejor guía, como en tantas cosas lo ha sido del mundo entero.

El que un estado sea derrotado una vez, no significa que pierda definitivamente todo valor histórico. Francia después de la guerra de Siete Años, en que perdió todo su imperio colonial (arrebatado por Inglaterra), siguió siendo una potencia importante en Europa; tanto, que pocos años después pudo vengarse de su rival contribuyendo a la paz de Versalles. Prusia quedó reducida durante las guerras napoleónicas a su más mínima expresión, recorrida por el vencedor, y, sin embargo, ella fué

(con Blücher) el verdadero triunfador de Waterloo, y desempeñó un papel de primera fila en el Congreso de 1815. Francia, que capituló en Sedán, ha recabado después el homenaje del mundo con sus Exposiciones Universales, y fué después de aquel desastre cuando ha creado casi todo su inmenso imperio colonial, que medía, en 1914, 12 millones de kilómetros cuadrados y se ha agrandado aún últimamente.

El valor de Alemania depende de su factor geográfico y de las admirables condiciones que para el estudio, el trabajo y la organización han demostrado sus habitantes; y, por lo tanto, cualesquiera que fueran los actos de devastación y rapiña realizados allí por la barbarie enemiga, mientras existan Alemania y alemanes, estos dos factores volverán a producir siempre una gran fuerza para el bien de la civilización, y para el bien particular de España si sabemos cultivar esa amistad.

Si algo está ya perfectamente demostrado en esta guerra a la hora en que escribo, es : que Alemania ha alcanzado por lo menos la mitad de la victoria total, destrozando el imperialismo ruso y dando lugar a una nueva era en la Europa oriental ; y que aisladamente Alemania hubiera vencido con facilidad a cada uno de sus enemigos. Inglaterra estaba ya vencida cuando tuvo que renunciar la hegemonía mundial ante los Estados-Unidos ; y los Estados-Unidos no hubieran podido invadir Europa, si Inglaterra no le hubiera facilitado los barcos y Francia el territorio. (Dos traiciones a la causa europea). Alemania ha demostrado, pues, ser la potencia más fuerte, y de la actuación de los mismos factores sólo puede esperarse, a la corta o a la larga, análogo resultado. El hecho de que una nación sola (pues sus aliados más le han servido de carga que de ayuda) no haya podido vencer al mundo entero junto, no significa que no sea fortísima, y no

pueda, por lo tanto, volver a ser algún día nuestro más valioso apoyo.

En lo que no ha sido fuerte Alemania es en diplomacia. Es verdaderamente asombroso que una nación que había conquistado el mayor prestigio económico e intelectual del mundo, no haya sabido utilizar esos prestigios para atraerse la adhesión mundial. Fuera justa o injusta la causa política de Alemania, el mundo hubiera debido tener presente que Alemania era ante todo (como sigue y seguirá siendo) la primera potencia científica del globo, y por lo tanto la mayor acreedora a la veneración universal.

Claro está que esto es en el supuesto de que los pueblos llamados civilizados lo fueran verdaderamente, es decir, estuvieran dirigidos por sus elementos culturales. Pero la realidad no es ésta : esos pueblos llamados civilizados pagan y celebran infinitamente más a un tenor que hace gorgoritos en un tablado, o a una prostituta que baila bien o canta

mal, pero excita la sensualidad, que a un sabio que trabaja en su laboratorio o enseña desde su cátedra ; otorgan más comodidades y honores a un propietario que vive en la ociosidad y el vicio, que a un trabajador que arranca el carbón de las minas o cultiva el trigo en los campos ; y a esta barbarie social corresponde la barbarie política con que hombres, en su mayoría sin competencia y sin pudor, escalan y ejercen el poder mediante toda clase de inmoralidades.

En todos los países llamados civilizados existe una gran dosis de barbarie y una pequeña dosis de cultura. En Alemania la dosis de cultura, representada por su inmensa superioridad científica y técnico-industrial y sus leyes protectoras del trabajo (que han tratado de imitar otras naciones) era y es mucho más grande e intensa que en ningún otro país ; y por eso es contra Alemania contra la que se ha coaligado la mayor cantidad de barbarie de la tierra, espe-

cialmente la barbarie plutocrática, que tiene en Inglaterra y los Estados-Unidos su más genuina representación (1). Los políticos incultos que igual aceptan una cartera de Hacienda que de Justicia o de Marina, y que invaden las Academias con la misma frescura que los Consejos de Administración, los charlatanes de Ateneo, los oradores de barricada, los grafómanos y los pedantes, la nube, en fin, de pseudocultos que en todos los países embauca a la opinión y ahoga la voz de la verdadera cultura, estaba harta de oír hablar de la ciencia alemana, de la técnica alemana, y de la honradez de la administración alemana. El prestigio del ejemplo alemán iba apareciendo con progresiva frecuencia ante toda esa gente como una valla cada vez más infranqueable. Era el « ceci tuera cela ». De aquí la coalición casi universal de la pseudocultura para destruir la cultura

(1) Siento mucho respeto por los elementos culturales de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; pero la guerra ha demostrado que esos elementos tienen en esos países una fuerza mucho más exigua de lo que suponíamos.

alemana, y de aquí los medios con que esa coalición ha actuado, desde la calumnia sistemática, hasta la guerra a la población civil y la invasión de Europa por los salvajes de todas las razas inferiores. De aquí que en España hayan sido precisamente los elementos más corrompidos de la política los que más han trabajado para sacrificar la sangre española en colaboración a esa obra. Pero de todos modos el propio gobierno alemán del antiguo régimen ha incurrido también en pecado, no haciendo el uso que podía, para hablar a la opinión del mundo, de los prestigios culturales del pueblo alemán. No había tampoco entre ellos y el mundo oficial la trabazón suficiente. He leído atribuir a Hindenburg esta frase: «Llegará día en que nuestros generales no podrán remediar los errores de nuestros diplomáticos». Ha pecado también el gobierno imperial alemán del antiguo régimen en hacer una política demasiado austriaca, es decir, en mayor servicio de

la dinastía reinante en Austria que del interés del pueblo alemán, que a mi juicio hubiera sido reunir en una sola unidad política a todos los alemanes, incluso por lo tanto a los de Austria. Se alegaba en defensa de aquella política, que el papel de los alemanes de Austria consistía en trabajar por la germanización de los demás pueblos de la doble monarquía danubiana ; pero en realidad la política del gobierno imperial austro-húngaro ha sido precisamente la de autorizar la progresiva desgermanización de esos otros países, con tal de conservarlos fieles a la dinastía. El gobierno imperial alemán del antiguo régimen sufre ahora las consecuencias de haber abandonado la política de Bismarck, cuidadosa siempre de mantener la amistad con Rusia y la supremacía respecto del Austria. Estos errores (que tanto daño han causado a la difusión mundial de la cultura alemana y por lo tanto a la humanidad) se corregirán ahora con el cambio de régimen.

La brusca transformación política de Alemania, que habrá herido ilusiones en quienes sólo veían en ese país una justificación de doctrinas ultraconservadoras, para los germanófilos liberales y ultraliberales, a lo que ha venido es a justificar nuestra verdadera concepción de Alemania, y la admiración que por ella hemos sentido siempre y que ahora se afirmará, si cabe, más.

Los germanófilos liberales hemos comprendido siempre que Alemania, como país de máxima labor intelectual, encerraba en sí el espíritu de los más avanzados progresos sociales y políticos. Aparte yo mismo, lo ha repetido Benavente en sus artículos; lo ha proclamado Silvio Kossti, en « La Gran Guerra »; cuenta, entre otros mil testimonios, el de Pío Baroja. La realidad confirma ahora nuestras previsiones. Ha venido a reconocerlo recientemente Ciges Aparicio en un admirable artículo de « El Imparcial ».

La obra del liberalismo alemán no ha

hecho más que empezar ; no se detendrá en los primeros pasos ; irá lejos, precisamente porque la gestación data de muy atrás y de muy hondo, y su fuerza es la fuerza acumulada de todo el pensamiento alemán, en el que tantas veces ha ido a alimentarse el pensamiento renovador de otras naciones (1). Por eso en la acción política alemana de la nueva era esperamos ver una representación más completa de los elementos culturales alemanes y por eso esperamos que será más fecunda para la civilización europea.

En estas condiciones el porvenir de Alemania como potencia se verá reforzado. Ha luchado cuatro años contra la barbarie militar casi mundial, y ha destrozado a la mitad de sus enemigos. Ninguno de los que la combaten, hubiera podido solo o mal ayudado hacer

(1) ¿Necesitamos recordar las profundas influencias de la ciencia alemana en el pensamiento republicano español cuando nuestro republicanismo estaba dirigido por verdaderos intelectuales, que no se enriquecían ni con el bufete ni con negocios turbios?

otro tanto. Si en este momento, como consecuencia de su desgaste en el combate total, no puede prevalecer contra todos los demás, adviértase que es sólo en cuanto que estos enemigos suyos permanezcan unidos ; lo que, dados los antecedentes, no parece verosímil (1). En cuanto sus enemigos se dividan, si fuese en dos bandos que se equilibraran, Alemania misma, una vez repuesta, sería quien podría romper el equilibrio en favor del bando a que se inclinase. Ahora mismo, ante el proceso de des-

(1) La política tradicional de Inglaterra, y ahora de los Estados-Unidos, ha sido tener dividido al continente europeo, impidiendo el desarrollo de toda potencia bastante fuerte para hacerles frente. Por eso se esfuerzan en destruir a Alemania y crear contra ella una apariencia de poderío francés. En cuanto esta apariencia se convirtiera en realidad, volverían a coaligarse, incluso con Alemania misma, para destruir a Francia. La amistad con Francia no es más que un caso excepcional en la historia de Inglaterra. Al que Francia veneraba como su héroe más grande, Inglaterra lo convirtió en un ridículo prisionero en Santa Elena. Recuérdese que en 1870 los escritores y la Prensa de Inglaterra celebraron con regocijo el triunfo de Alemania sobre Francia, alegando por cierto los mismos tópicos de la civilización, la justicia, etc., etc., que ahora han sacado a relucir para apoyar la revancha de Francia contra Alemania.

membración del Imperio de los Habsburgo, puede vislumbrarse que, más tarde o más temprano, pero fatalmente (y en virtud del mismo principio de las nacionalidades que la « Entente » ha proclamado), la parte alemana de Austria se reunirá a Alemania. Así, aun cuando Alemania perdiera ahora, a cambio de la paz, algún territorio, esta futura anexión le compensaría, quizá con creces, la extensión perdida. Por otra parte, el porvenir de las relaciones de Alemania con Rusia, Ukrania y Finlandia, ofrece (pese a las perturbaciones que ahora pudieran introducir los Aliados desde el Mar Negro) perspectivas optimistas. De los estados danubianos y los nuevos que se formen del desmembramiento de Austria-Hungría, algunos buscarán, de seguro, el futuro apoyo de Alemania, ya por necesidad económica, ya para hacer frente a rivalidades de los otros estados. Si Italia logra (por obra de la « Entente » misma) sus aspiraciones en el Trentino y el

Adriático, habrá terminado con sus reclamaciones en el Este ; sus aspiraciones económicas la impulsarán a hacer de Génova y Trieste (ya italiano) los puertos mediterráneos del comercio alemán, lo que la llevará a restablecer más estrechas que nunca sus relaciones con Alemania, a quien siempre admiró y a quien tanto debe (1) ; y lo que quede sin saldar de su cuenta irredentista, le hará volver la mirada ceñuda a Saboya, Niza y Córcega, también en virtud de los principios de las restituciones y la nacionalidad, que la « Entente » ha esgrimido. En esta perspectiva ¿no se vislumbra, para el caso de que el imperialismo franco-anglo-americano no se mostrara hoy transigente, una futura Liga europea ante la que Francia no tendría tiempo para abrir nuevamente la puerta al enemigo común? Pues esa Liga es la que serviría ideales internacionales en

(1) Los sentimientos de la Italia moderna han sido siempre de admiración a Alemania, odio a Austria y envidia y rencor a Francia.

harmonía con los de España. Esa Liga podría traer la realización de lo que todo europeo culto debe sentir como necesidad la más imperiosa de la civilización : la Confederación Europea.

Sería pues una locura (aun no pudiendo calificarse de traición) volver la espalda definitivamente a Alemania. Alemania sigue siendo hasta ahora la única esperanza de España ; y precisamente ésta en que ambos países aparecen víctimas de iguales agresiones de la fuerza y la calumnia, es la gran ocasión de sellar una amistad indisoluble fecunda para lo porvenir.

Ya se supondrá que no pido con esto una alianza militar inmediata de España con Alemania, ni ningún acto nuestro que pueda atraernos una vez más la agresión militar de nuestros eternos enemigos, siempre arrogantes con el débil o cuando son muchos contra uno solo. Aparte el espíritu de conservación, soy ante todo un pacifista. Nuestro lema íntimo ha de ser el famoso « Paciencia

y mala intención ». Lo que debemos comprender es que las reivindicaciones que no podamos obtener solos, únicamente podremos obtenerlas con el apoyo de verdaderos amigos : de países que tengan intereses harmónicos con los nuestros. Si, en vez de Alemania o además de ella, aparecieren en tales condiciones otros países, sean para nosotros otros tantos amigos. Con ellos, lo que no podamos obtener hoy, lo obtendremos algún día. Pero aliándonos con los enemigos, y los más poderosos, de nuestros ideales, no los podremos realizar nunca.

La unión con nuestros enemigos no sería nunca una alianza, sino una esclavitud. Esta política de ignominia sólo puede conducir al coloniaje, a la miseria y al embrutecimiento. A ello nos ha conducido real y efectivamente desde hace dos siglos : desde que el primer Borbón de España, como parte del precio para venir a reinar en nuestra tierra, entregó Gibraltar. Desde entonces la política exterior de España perdió todo carácter

nacional y se convirtió en un satelitismo, ya de Francia, ya de Inglaterra, que actualmente es doble o mejor dicho triple. Esta política de abyección y de ruina es la que ahora se proponen seguir nuestros políticos fracasados : los caciques dinásticos, porque así creen asegurar mejor a las instituciones, que es el único ideal de sus espíritus serviles ; los republicanos porque así, con el coco de la intervención francesa o inglesa, obligan más a los monárquicos a seguir en aquella vía, y aparentando luchar por la república, siguen medrando bajo la monarquía que ayudan a conservar. Los políticos de uno y otro bando culpables de satelitismo deben pues ser recusados por la opinión. El porvenir es de aquel sistema político cuyos defensores inicien más pronto y con más pujanza una política verdaderamente nacional. Los políticos que han estado al servicio de nuestros enemigos tradicionales, son incompatibles con el interés y el decoro de España. Los políticos que, como abo-

gados, consejeros, tenedores de acciones liberadas u otros conceptos, representan la supeditación de la política española a la economía extranjera, son indignos, sean monárquicos o republicanos, de la confianza del pueblo (1).

(1) No necesito decir que entre los políticos incompatibles, a mi juicio, con el interés nacional, coloco, tan en primer término como al propio Conde de Romanones (síntesis como hombre público de todos los pecados de nuestra política) a don Antonio Maura, negación práctica de todas las teorías mauristas. El maurismo se componía de dos clases de ciudadanos: unos que pretendían engañar a los demás, y otros que se engañaban a sí mismos. Después de ver una vez más a su jefe hacer en el Gobierno todo lo contrario de lo que la prensa maurista predicaba en la oposición, supongo definitivamente desengañados a todos los mauristas de buena fe. La doctrina predicada con el nombre de maurismo, me parece excelente como ideal patriótico para espíritus conservadores. Pero la historia política del señor Maura está en absoluta contradicción con esos principios. Unas veces ministro liberal, otras conservador, y otras disidente con mayor constancia para el deudo que para el credo, ha acabado por formar un partido personalista hasta en su denominación. Cuando ha presidido ministerio, ha gobernado siempre con consejeros de las grandes compañías extranjeras. Ha permitido a los suyos levantar bandera germanófila, para recuperar opinión perdida, y, llevado por ella al poder, gobernar luego como francófilo. Fusiló a los revolucionarios de 1909 que hacían la competencia a Lerroux, e indultó a los de 1917 acusados de haber cobrado cuentas en moneda extranjera. Después de haber gritado «nosotros somos nosotros», ahora

Hay, por fin, en la hipótesis de «Alemania vencida» dos puntos especiales : el económico y el intelectual.

El económico está en parte tratado, en cuanto que se relaciona con la política internacional; pero conviene remachar la necesidad de oponerse resueltamente a la política económica antialemana que nuestros gobernantes al servicio de Francia e Inglaterra se disponen a imponer en España. Nuestros enemigos históricos están interesados en que España no levante nunca la cabeza como potencia industrial; de aquí su acción suctora : ejercida en los ferrocarriles, para que los transportes sean caros y no se complete nunca nuestra red, con lo cual se impide el desarrollo de la producción ; en las minas, para que se limpien cuanto antes y su producto se substraiga a la ela-

dice « todos somos unos ». A través de todas estas contradicciones, sólo aparece en el pensamiento político del señor Maura una idea : gobernar él y que todos le obedezcan. Y, francamente, esta idea no me parece bastante fecunda para regenerar a España.

boración nacional; en los Bancos, explotando la deficiencia de las propias instituciones ; y así en todo lo demás. Ahora exigirán también que pongamos trabas aduaneras a los productos alemanes, para que, en vez de comprar a Alemania bueno y barato, les compremos a ellos malo y caro, y para que no se desarrolle nuestra exportación a Alemania y otros países, y ellos puedan llevarse nuestros productos al menor precio. Esto es sencillamente conspirar contra la vida del pueblo, y, por lo tanto, hay que hacerlo ver bien claro, para que el pueblo abra los ojos y comprenda que, quienes se lucran preparando tal infamia, no pueden ser guía, sino verdugos de las clases trabajadoras (1).

(1) He aquí un ejemplo bien elocuente de cómo traicionan al pueblo los que éste cree sus defensores. Un súbdito alemán ha publicado en España, durante la guerra, un libro titulado «La protección al obrero en Alemania». En este libro se expone la admirable legislación social que las organizaciones obreras alemanas han sabido exigir y obtener de los Poderes públicos, y que ha sido tomada como mo-

El otro punto especial es el de la cultura científica. Alemania, vencida o vencedora, sigue y seguirá siendo la primer potencia científica del mundo. Todo país que quiera progresar debe, pues, seguir tomando como ideal a las Universidades alemanas, a los sabios alemanes, a los laboratorios alemanes. Nuestros enemigos históricos tienen interés muy especial en que España tampoco pueda apoyarse para su progreso en la cultura científica alemana; y, al par que multiplicarán sus calumnias para desacreditarla, emplearán su influencia sobre nuestros políticos para combatirla en nuestro país. Hay, pues, que luchar también en este campo. No debemos tolerar en Instrucción Pública Ministros como el Conde de Romanones,

delo por las aspiraciones obreras de otros países. Pues bien: «El Socialista» no sólo no dió cuenta de la aparición de este libro, sino que se negó a publicar la noticia hasta como anuncio pagado. Es decir, que los caciques socialistas ponen empeño aquí en ocultar a los trabajadores los progresos que el socialismo obtiene en otros países. Antes que servir a la causa obrera española, prefieren servir a la plutocracia aliada, interesada en calumniar y desprestigiar a Alemania.

lógicamente enemigo de la cultura alemana, por serlo de toda cultura profunda (1).

En esta lucha por extender la benéfica influencia de la cultura alemana, parecería lógico que estuvieran a nuestro lado, unidos, todos los hombres de ciencia españoles. Pero también en estas filas hay miseria y cobardía. Claro es que no confundo con los verdaderos hombres de ciencia, a los pedantes. Estos señores, que en tiempo de paz se complacían en «épater le bourgeois», ponderando las excelencias de Alemania, y en tiempo de guerra nos han asombrado a todos demostrando no conocerlas, no tienen para mí más importancia que la del daño que hacen. Lo que lamento es que

(1) El Conde de Romanones ha ido ahora a Instrucción a raíz de hacerse público que su Subsecretario en Gracia y Justicia hacía recomendaciones a los Jueces sobre lo que habían de sentenciar; y ha ido precisamente con este mismo Subsecretario. ¿Qué puede esperar la Educación nacional de tales antecedentes? En Alemania un Ministro así, adonde hubiera ido es, por lo menos, a la vida privada. ¡Cómo no ha de ser este político enemigo a muerte de Alemania!

tampoco todas las personas que manejan libros y material científico y realmente saben algo, me hayan resultado tan hombres de ciencia como yo suponía.

La ciencia es ante todo y sobre todo el culto de la verdad. Hombre de ciencia solamente lo es quien, cualquiera que fuere la extensión e índole de sus conocimientos especiales, está siempre dispuesto a defender la verdad contra todo error y toda calumnia, a superponer el amor a la verdad a todos los intereses, y a venerar por encima de todos los hombres a los maestros que le han instruído en este culto. Quien no procede así, podrá saber unas cuantas cosas, pero no es un hombre de ciencia : es un villano ; y de la influencia de la villanía no puede esperar ningún progreso la Educación Nacional.

El progreso cultural de las naciones atrasadas, como España, exige que vayan a aprender, no a los países más pró-

ximos, sino a los más adelantados; y en ciencia el país más adelantado es Alemania. Mientras Alemania sea la primera potencia científica del mundo, la civilización habrá de ser germanófila; y la germanofobia será barbarie. La pérdida de respeto a la nación más sabia es el encanallamiento del mundo. Todo lo que sea oponerse a la intimidad cultural hispano-alemana, será oponerse al desarrollo de la cultura española, única base sólida de todos los demás progresos: será el oscurantismo.

III

ANTE UNA PAZ DE PRINCIPIOS

Ante todo conste que no creo en una verdadera paz de principios, ni en una Liga libre y equitativa de naciones. El egoísmo de fines y la violencia de procedimientos (confiscaciones, mal trato de prisioneros, listas negras, secuestro de buques neutrales, conquistas coloniales) que han demostrado los Aliados, no pueden conducir a semejante ideal. No creo ni siquiera en una verdadera realización de los 14 artículos de Wilson, que por sí mismos tampoco constituyen un ideal de justicia indiscutible ni mucho menos (1). Una paz de prin-

(1) Así, la base 8.ª de Wilson califica de agravio a Francia la anexión de Alsacia-Lorena a Alemania en 1870, cuando

cipios, admitiendo el del derecho de los pueblos a decidir de sus destinos, exigiría la independencia de Irlanda, Egipto, Sud-Africa, la India, etc.; el abandono por parte de los Estados-Unidos de todo dominio o protectorado en países hispano-americanos e hispano-malayos, y la renuncia a incluir en su imperio las antiguas posesiones americanas de Dinamarca y Holanda; y otras renuncias semejantes, de los que hoy se titulan vencedores, aunque ninguno lo sea por sí solo. Una paz de principios, admitiendo el de la libertad de los mares, exigiría el abandono por Inglaterra de Gibraltar, Malta, el Canal de Suez, Singapur y demás posesiones militares estratégicas, como por parte de los Estados-Unidos el del dominio militar del istmo de Panamá, contrario además al principio de in-

en realidad es un desagravio que Alemania se hizo a sí misma; pues esas provincias fueron alemanas desde que existió Alemania hasta que Francia las conquistó por la fuerza: Metz, en el siglo XVI, y la Alsacia en tiempos de Luis XIV, después de una serie de bárbaras devastaciones todo a lo largo del valle del Rhin.

dependencia de los pueblos. Si hubiera de ser un hecho, al par que la libertad de los mares, la reducción de los armamentos, habría que empezar por echar a pique la mayor parte de la escuadra inglesa. Si los problemas coloniales se hubieran de arreglar con espíritu amplio e imparcial, no podría admitirse que la mayor parte de Africa se divida entre Francia e Inglaterra, que casi todo el Sur de Asia sea inglés, y toda Oceanía se divida entre Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; y en cambio, quede sin un imperio colonial adecuado Alemania, nación que ha contribuído más que otra alguna al estudio del globo; y continúe reducido a miserables retazos el dominio africano de España, que es, con Portugal, la única potencia europea que tiene en Africa países de su raza y de su exclusivo idioma y que forman parte integrante del Estado.

Lo que se acuerde, si a tal se llega, con el nombre de paz de principios, no

será en el fondo sino la resultante de las fuerzas en conflicto.

En cuanto a la Liga de Naciones, mientras el factor geográfico se halle tan mal repartido, tampoco puede ser sino una mentira convencional : algo parecido a esas sociedades anónimas donde el pobre accionista apenas cobra dividendo, mientras los consejeros y demás elementos parasitarios, en contubernio con la fuerza política, se enriquecen. Si el mundo ha de seguir repartido principalmente (como ahora lo está) entre Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, la sociedad de naciones sólo servirá para sancionar esta injusticia con una apariencia de consentimiento universal.

Sin embargo, cuando los gobiernos, aunque sea para disfrazar las violencias o la transacción, enuncian principios morales, es señal de que consideran también a la opinión como una fuerza. Y en este terreno cada nación neutral tiene un doble deber que cumplir : consigo misma, reclamando lo que crea

su derecho; con la humanidad entera, aportando elementos de juicio para la concepción de la justicia universal. En España la coincidencia de ambos deberes los funde en uno sólo; porque, habiendo sido víctimas de tantas injusticias y violencias, nuestras reivindicaciones nacionales no son sino un capítulo de ese ideal de justicia universal: si los mares han de ser libres, que Inglaterra nos devuelva Gibraltar; si han de serlo los pueblos, que los Estados-Unidos dejen de actuar en los países de habla española; si los problemas coloniales se han de resolver equitativamente, salga Francia de Marruecos, y reconózcasenos en Africa una área adecuada; si han de restituirse las tierras arrancadas por violencia, devuélvanos Norte-América las que nos obligó a cederle en 1819 y 1898, y sobre todo devuélvanos Francia la provincia catalana del Rosellón que nos arrebató por conquista militar. Y si todo esto no ha de realizarse, que nin-

guno de esos países nos hable de justicia ni de humanidad (1).

(1) La aspiración a recuperar el Rosellón debiera ser una de las bases esenciales del catalanismo. El sentimiento de fraternidad de Cataluña por los habitantes del Rosellón es lógico; pero en cuanto esos habitantes se sientan catalanes y estén dispuestos a protestar contra la obra descatalanizadora que allí realiza Francia y que hubiera extendido por su gusto a Cataluña entera, convertida en departamentos franceses por Napoleón. Pero si los roselloneses se sienten franceses antes que catalanes, como debe mirarlos el catalanismo es como desertores de la causa catalana. Sean cuales fueren los sentimientos actuales de sus habitantes, el Rosellón es una parte del factor geográfico catalán, y Cataluña tiene siempre el derecho de reclamarlo. El catalanismo, que empezó por ser un hermoso levantamiento de un pueblo trabajador contra el parasitismo centralista, está hoy tan necesitado de regeneración, como la política general española. Como ella, ha caído en el abogadismo y en el caciquismo; y, como ella, en la más vergonzosa inmoralidad administrativa, que es un argumento contra la autonomía. En el Ayuntamiento de Barcelona lerrouxistas y catalanistas fraternizan en el escandaloso régimen de arriendos, mientras las epidemias diezman la población por carencia de las más elementales obras de salubridad; y en la Diputación (que empieza sus sesiones a las once de la noche para que, abarcando dos fechas, puedan cobrarse dobles dietas) ¿por qué no se ha emprendido la construcción del ferrocarril transversal de Cataluña, tan urgente, sino por las escandalosas exigencias de los diputados ante la empresa concesionaria? ¿Por qué, si no es así, no se construye ahora mismo? El catalanismo para la masa es el idioma, la barretina, la sardana y «Els Segadors»; para los políticos un sabroso cacicato, que, como to-

De todos modos, si con objeto de crear algo llamado Liga de Naciones, aunque sea una farsa, España es lla-

dos los cacicatos, se preocupa principalmente por fomentar odios, para que, más divididos los hombres, necesiten más caudillos. Y en esto llega hasta las últimas consecuencias, sin reparar en escrúpulos materiales ni morales. Así, ese cacicato, en vez de levantar la personalidad de Cataluña, la envilece, convirtiendo el catalanismo en un instrumento servil de los enemigos exteriores de España (y, por lo tanto, de Cataluña misma), que aspiran por la discordia y la amenaza a la creciente explotación y ruina de la patria total. Por eso el cacicato catalanista se esfuerza en apartar a la opinión catalana de los ideales de política exterior general española. No confundo ese cacicato con el ideal catalanista: al contrario: señalo a este ideal la necesidad de libertarse de cacicatos de estilo centralista, aunque aparezcan traducidos. El reciente acto del Ayuntamiento barcelonés, aplaudido por la Diputación, nombrando a Wilson ciudadano honorario de Barcelona, demuestra que los políticos catalanistas carecen del sentimiento del honor nacional (español como catalán) en tan alto grado como el político más corrompido de Madrid. Por elevadas que sean sus condiciones personales, todo Presidente de los Estados Unidos representa, en tanto no recibamos desagravio por ello, la persistencia en la actitud de injuria, calumnia y agresión de los Estados-Unidos respecto a España en 1898; y en aquella actitud los Estados-Unidos no exceptuaron a los catalanes; al contrario: la agresión a España y la invasión de nuestras colonias fué hecha principalmente para suplantar en ellas la importación de artículos españoles por yanquis: fué hecha principalmente contra la industria catalana: contra Cataluña. De aquí que sea el honor catalán el que principalmente debe de interesarse en que la mancha se

mada a tomar parte en algún congreso internacional, hay que evitar a tiempo que estemos representados en él por servidores del enemigo. Hay que evitar se repita la vergüenza de la Conferencia de Algeciras, en que nuestros representantes oficiales estuvieron defendiendo los intereses de los enemigos de España, en contra de los diplomáticos alemanes, que pretendían defender los intereses españoles. Es preciso que acabe la política de librea, y que asumamos definitivamente una actitud diplomática nacional, digna y firme.

Hace tiempo estamos oyendo hablar del « equilibrio del Mediterráneo » y de unos tratados secretos que, a juzgar por los antecedentes de los políticos que los concertaron, suponemos serán calamitosos para nosotros. Necesitamos que se publiquen esos tratados. No podemos

lave y los políticos que han demostrado carecer del sentimiento del honor patrio reciban la sanción que merecen.

Mucho más quisiera decir de las relaciones del problema regionalista (catalán, vasco, etc.) con el de la política exterior; pero el adecuado desarrollo del tema exigiría un libro.

admitir el gobierno absoluto en materia de política exterior. Consultar a unos cuantos caciques, no es consultar a España, sino a sus tiranos. Lo que estamos viendo con los ojos, es que el equilibrio del Mediterráneo se va a romper en beneficio de Francia, Inglaterra e Italia ; y si el equilibrio del Mediterráneo era algo en que se nos reconocía el derecho a intervenir, proclamemos que nuestro derecho y la justicia consisten en que esas tres potencias nos den compensaciones, para que no quedemos en condiciones inferiores a las del estado que a mantener nos obligamos. Lo mismo cabe decir del mapa de Africa. Con mayor derecho que el de Francia a exigirnos en 1912 compensaciones en Marruecos por lo que en otro lugar ella había cedido a Alemania, debemos pedir compensaciones a Francia, Inglaterra e Italia por lo que ellas mismas (y no otra potencia extraña) se extienden en ese continente y ese mar. Y esas compensaciones no pueden ser otras que la restitución del Ro-

sellón, Gibraltar y el Estrecho libres, Marruecos libre, y una área de dominio africano en harmonía con nuestras necesidades.

Esto es lo que todos los españoles debiéramos estar ahora gritando al unísono, si en España hubiera clarividencia y dignidad.

Este es el deber que los políticos fracasados y su prensa ni cumplen ni quieren dejarnos cumplir, poniéndose delante de nosotros a doblar el espinazo ante quien un día les escupió en la cara, y esforzándose en dar al mundo exterior la sensación de que España ha caído en el más hondo envilecimiento.

Estos políticos y estos periódicos, anotémoslos bien en nuestra memoria : han demostrado su incapacidad intelectual y moral para guiar a España. No debe haber indulgencia para ellos el día en que se despierte el sentimiento del honor nacional y suene la hora de la justicia.

España, como la potencia neutral de

mayor relieve histórico, ha tenido durante la guerra una alta misión que cumplir y que hubiera levantado a gran altura nuestro prestigio. España hubiera debido, mucho antes de ahora, proponer al mundo una paz de principios : hubiera debido proponer la reunión de un Congreso Universal de la Paz como único término justo de la guerra. Si nuestra proposición hubiera sido rechazada, habría servido a lo menos para dejar fuera de duda quiénes eran los verdaderos imperialistas y los verdaderos enemigos de la humanidad. En ningún caso hubiera sido inútil. El fracaso no habría sido nuestro ; sino de quien hubiera desoído nuestra voz ; porque jamás fracasa quien cumple un deber y procura el bien, sino quien lo estorba o impide.

Si el ideal democrático en cada estado es la soberanía de todos los ciudadanos ejercida por sufragio universal, la única paz mundial verdaderamente democrática sería la que acordara un

congreso universal de todas las naciones civilizadas. Las bases democráticas de la justicia internacional no puede decidirlas ningún Presidente de los Estados-Unidos ni de ningún otro país, sino la suma de las voluntades de todos los países juntos. El reparto del factor geográfico mundial acordado sólo por un grupo de naciones, porque son las más fuertes, y sin contar con las demás, será siempre una injusticia. Los excluídos estarán siempre en el derecho de rechazarlo.

Aun ahora mismo, el deber de España sería proclamar esta doctrina y ofrecer este ideal a las demás naciones pacifistas de Europa y América, para poder intervenir, en defensa al mismo tiempo de nuestro derecho e intereses, en el próximo reparto del mundo.

Pero tales grandezas no pueden esperarse mientras la política esté en manos de individuos que, con escarapela dinástica o republicana y aun socialista, forman juntos una servidumbre

única : la servidumbre de la plutocracia francesa, inglesa y norteamericana.

Librarnos de esta vergüenza ha de ser la base de toda obra de regeneración política. Para ello es preciso que todos los españoles patriotas, de las derechas o de las izquierdas, se unan en un bloque único contra el enemigo común que, pese a la abigarrada variedad de libreas, forma una sola colectividad servil. De este bloque del sentimiento nacional ya saldrán mañana los partidos y las instituciones que exija la política cultural y honrada.

Del contenido de este libro se deduce que el ideal de justicia internacional, por lo que hace a España, debe formularse así :

Gibraltar español y el Estrecho libre.
Marruecos libre.

Ninguna interposición de potencia extraña entre la Península y Canarias.

Asegurada la frontera portuguesa.

Restitución de la provincia catalana del Rosellón, que Francia se anexó por conquista militar.

Participación equitativa en el reparto del Africa, con una zona proporcionada a nuestras necesidades económicas, especialmente en cuanto a provisión algodonera y alimenticia.

Libertad de comunicarnos con las naciones que nos parezca conveniente, estén ellas en guerra o en paz entre sí.

Desagravio por los Estados-Unidos de las injurias y calumnias de 1898.

Cese de toda ocupación o protectorado de los Estados-Unidos en las Antillas, Panamá y Filipinas; de modo que todos los pueblos hispano-americanos o hispano-malayos sean absolutamente libres e independientes.

Cooperación, en cuanto las circunstancias la hagan posible, a los ideales

supernacionales del internacionalismo cultural y de la solidaridad europea.

Publicación de los tratados existentes y abolición de la diplomacia secreta.

Este es el verdadero interés de España y esto es la justicia. Lo contrario es la tiranía y la iniquidad. El que hoy no tengamos fuerza para obtener justicia, no es razón para que dejemos de definirla y reclamarla. Dice Alfieri «que el primer remedio contra la tiranía es conocerla». Para librarnos de la tiranía que en lo exterior pesa sobre nosotros, y de que padecemos agentes tan activos en lo interior, lo primero es que sepamos lo que es tiranía y lo que es libertad. Llamar libertad a la tiranía es una mentira y sobre la mentira no se puede fundar el bien público. Instituciones cuyos representantes responsables no proclamen ni defiendan la verdadera libertad y la verdadera justicia, deben ser derrocadas. Políticos que no se procla-

men defensores de estos ideales, carecen del sentimiento de honor patrio, inseparable del del honor individual; y de políticos sin tales sentimientos, no puede esperar el pueblo una administración honrada.

Madrid 31 de octubre de 1918.

EPÍLOGO

EL TRIUNFO DEL IMPERIALISMO PLUTOCRÁTICO

Las condiciones del armisticio exigidas a Alemania señalan el dominio del imperialismo plutocrático de Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos sobre el mundo. La nación de mayor vida científica, de más elevada técnica industrial, de menor número de analfabetos, y de más adelantada legislación social en favor del obrero, está a merced de la fuerza militar de otras naciones de menor ciencia (y gran parte de ella debida a Alemania), técnica menos perfecta, mayor número de analfabetos y menor protección legal del obrero. La civilización inicia pues un retroceso.

La causa del imperialismo plutocrático no ha reparado en medios : no solamente ha impedido la comunicación económica e intelectual entre los pueblos : ha arrebatado el producto de su trabajo a los particulares ; ha conculcado las libertades interiores de los neutrales ; y ha hecho la guerra a la población civil en masa de neutrales y beligerantes. No se ha detenido ni ante el asesinato : desde el de un príncipe para provocar la guerra y el de Jaurès para hacerla posible, hasta el de un embajador extranjero en Moscow y los últimos atentados contra Lenín, el jefe ruso de la revolución social contra las plutocracias. No ha vacilado por fin en restablecer la esclavitud : que esto es la pretensión de conservar después de suspendida la lucha los prisioneros de guerra, para condenarlos a trabajos forzados, como los antiguos egipcios y asirios los utilizaban para construir sus pirámides, templos y palacios. Piensa lector español que, siendo el servicio

militar un deber de todo ciudadano, según las extremas izquierdas impusieron, tus hijos serán expuestos, si su deber les lleva a encontrarse con Francia o Inglaterra, a verse mañana en el mismo caso; y comprenderás toda la barbarie de la fuerza al servicio de la plutocracia.

En este peligro de regresión intelectual y moral, sólo la radical transformación de la sociedad civil y política puede salvar a la civilización.

Así como la superioridad del hombre blanco sobre el hombre negro no se puede demostrar por el boxeo, donde con más frecuencia el negro sale vencedor; la superioridad científica y técnica de Alemania no ha podido imponerse por la guerra, donde entran como factores la superioridad del número y del factor geográfico.

Pero Alemania, cuya grandeza positiva de todos los tiempos radica en su obra intelectual, ha echado ahora mano de esa fuerza superior a la de los ejér-

citos: ahora combate con la idea. Y con la idea la patria de Kant y de Carlos Marx dirigirá ahora la refundición de las antiguas sociedades, ineptas para asegurar el triunfo de la civilización sobre el egoísmo, y su transformación en otras más perfectas; y esta obra, propagada inexorablemente a Francia, Inglaterra y demás dominios del imperialismo plutocrático, hará justicia de él.

La plutocracia de Occidente se ha equivocado al creer que podía quitar impunemente del edificio de la civilización el sillar alemán. Los ciudadanos en armas de la «Entente» que vayan ahora a Alemania, irán a lo mismo que iban en tiempo de paz las juventudes de todos los países: a aprender.

Sólo esta regeneración político-social puede salvar a la civilización. Sólo ella puede poner fin a los imperialismos plutocráticos y a las guerras. Sólo ella puede restablecer la cordialidad internacional, indispensable para la restauración de la vida científica.

Pero esta gran obra no la pueden dirigir en ningún país los aventureros de la política que, titulándose liberales, republicanos y socialistas, han estado sirviendo a la causa de las plutocracias hoy triunfantes, fomentando los odios internacionales, y trabajando por extender la guerra, y medrando en esta labor. Estos hombres no pueden merecernos la menor confianza. Debemos rechazarlos sin contemplaciones.

Españoles honrados: no dejéis en España la obra de la regeneración político-social a esta clase de gentes: emprendedla sin pérdida de tiempo vosotros mismos.

Unamos por lo pronto nuestros esfuerzos en el programa mínimo y común de la Federación Cívica Española, y sea ella crisol de donde salgan purificadas las energías políticas que hayan de actuar mañana.

Las nuevas circunstancias del mundo exigen amplificar el tercer inciso del artículo 10.° de nuestro programa: en-

tre las orientaciones de nuestra política exterior, en vez de «la solidaridad cultural europea», propongo como expresión más adecuada de nuestras aspiraciones : la colaboración en el ideal de solidaridad internacional por la cultura, la libertad y la justicia.

Madrid 10 de noviembre de 1918

ÍNDICE

TRABAJOS PRINCIPALES DEL MISMO AUTOR

Repúblicas Hispanoamericanas, 2 tomos, 1906. « Manuales Soler », LXX y LXXI. — 5 pesetas.

Geografía General, 1909. « Manuales Soler », LXXIX. 3'50 pesetas.

La instrucción, la moral y el criterio estadístico, 1909. « La Lectura », números 97 y 98.

América Sajona, 1910-1913. « Manuales Gallach », CII. — 3 pesetas.

El factor geográfico y el gran problema de España, 1914. Revista « Estvdio », números 16, 17, 18 y 19.

Un aspect du développement économique des pays ibéroaméricains : Le facteur géographique, VIIIme Cours International d'Expansion Commerciale. Barcelona, 1914.

La población de América del siglo XVIII al XX, 1914. Revista « Estvdio », números 21 y 22.

La definición y divisiones de la Geografía dentro de su concepto unitario actual, 1915. Casa Editorial « Estvdio », Barcelona. — 2 pesetas.

Archivo Geográfico de la Península Ibérica. Texto: Fotografías: Croquis: Bibliografía, 1916. Madrid. — 15 pesetas.

Idem, 2.º tomo, 1917-19. (En preparación).

Los glaciares de Gredos (octubre 1915). *Sobre un nombre vulgar de la « Nardus stricta »* (nov. 1915). *Nota sobre la presencia de la « Betula pubescens » en el centro de España* (íd.). *Sobre una nueva « Armería »* (oct. 1916). *Nueva contribución a la glaciología de Gredos: Las Hoyuelas del Hornillo* (dic. 1917). — Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural.

ESPAÑA EN MARRUECOS

SEGÚN LOS TRATADOS DE 1902, 1904 Y 1912





LONGITUD W. GREENWICH

Límite de las zonas españolas según el tratado de 1902.

Límite de las zonas españolas según el tratado de 1904

Límite de lss zonas españolas según el tratado de 1912.

Ferrocarriles construídos en el año 1912.

Ferrocarriles en construcción en el año 1912.

Por razón de uniformidad politicogeográfica se incluye todo el Sáhara Español en el mismo color de mancha que los territorios marroquíes asignados a España en 1912; pero téngase en cuenta que dicho Sáhara, desde el cabo Bojador al Blanco, no lo adquirimos entonces, sino que nos había sido ya reconocido en 1900

passim